

Colección

**Las juventudes argentinas hoy:
tendencias, perspectivas, debates**

Biografías callejeras



Cursos de vida de jóvenes
en condiciones de desigualdad

María Florencia Gentile

 Grupo Editor Universitario

 **CLACSO**

MARÍA FLORENCIA GENTILE

Biografías callejeras
Cursos de vida de jóvenes
en condiciones de desigualdad



Gentile, María Florencia

Biografías callejeras : cursos de vida de jóvenes en condiciones de desigualdad / María Florencia Gentile. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Grupo Editor Universitario, 2017.

80 p. ; 22 x 15 cm.

ISBN 978-987-1309-46-7

1. Juventud. 2. Desigualdad Social. I. Título.
CDD 305.23

1ª edición: abril 2017

Diseño, composición, armado: m&s estudio

Diseño de tapa: GEU

Foto de tapa: Alejandra Grinschpun. Publicó *Otra Mirada, Buenos Aires fotografiada por los chicos que viven en sus calles* y dirigió el documental "Años de calle.

© 2017 by Grupo Editor Universitario
San Blas 5421, C1407FUQ - C.A.B.A.

ISBN: 978-987-1309-46-7

Queda hecho el depósito de ley 11.723

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el consentimiento previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

*A Emiliano, Lean y Pampa,
mi trilogía del amor*

Índice

Introducción	7
CAPÍTULO 1	
La relación de lxs adolescentes y jóvenes con “la calle”	15
CAPÍTULO 2	
Biografías callejeras 1: adolescentes y jóvenes que viven en las calles de la Ciudad.....	25
CAPÍTULO 3	
Biografías callejeras 2: <i>la calle</i> en lxs jóvenes de un barrio segregado	47
PALABRAS FINALES	
<i>La calle</i> como organizadora de los cursos de vida de jóvenes en los márgenes suburbanos.....	63
BIBLIOGRAFÍA.....	75

Introducción

“No son chicos los llamados chicos de la calle, y no hay más que mirarlos a los ojos para advertirlo (...) Sospecha tan espantosa lleva a uno a preguntarse si en la Argentina la niñez no constituye, verdaderamente, un ciclo natural y cronológico en extinción, si esos chicos desarraigados no son adultos precoces en tránsito a la marginalidad, bisoños cartoneros o piqueteritos a los que la falta de capacitación y la desesperanza quizás induzcan a formas definitivamente perversas de subsistencia”.

Diario *La Nación*, sección Opinión, 14/02/2004

“En nuestra investigación encontramos chicos que no eran semejantes a otros chicos porque estaban envejecidos por la vida. Hombres y mujeres en el cuerpo de chicos ».

*En Alves Filho (1996),
Tesis de Doctorado en Sociología
sobre la vida de los chicos de la calle en Bahía (Brasil),
Université Lyon 2*

Si se discute sobre los problemas públicos que protagonizan en la actualidad niños, niñas, adolescentes y jóvenes de clases populares en América Latina, su presencia en *las calles* emerge de manera ineludible. Es que *la calle*¹ suele aparecer, tanto en los debates públicos como en los trabajos académicos sobre el tema, como un espacio que conden-

1. Se menciona a *la calle* con letras cursivas, para señalar que no se trata de una descripción de un espacio físico sino de un término que irá problematizándose en el transcurso del libro. En términos generales, se utilizarán las cursivas para referir a categorías y expresiones de los propios actores, cursivas y comillas para señalar testimonios o extractos de ellos, mientras que las comillas serán utilizadas para identificar categorías de otros,

sa socialmente las preocupaciones sobre los considerados problemas más acuciantes de la infancia y juventud en la actualidad. La figura del “chico de la calle” ilustra de manera paradigmática la preocupación por los altos niveles de pobreza, exclusión social y desigualdad que afectan preferencialmente a los más jóvenes de la región.

Al referirse a *la calle* se suele mencionar la alta exposición a situaciones de riesgo que sufren niños/as, adolescentes y jóvenes en este espacio: maltratos y violencias, deterioro de la salud, explotación sexual, trata, explotación laboral, represión por parte de las fuerzas públicas, adicciones, participación en formas marginales y/o ilegales de subsistencia, entre otras. En términos sociológicos, las preocupaciones alrededor de la participación en *la calle* rondan en torno a la problemática de la “desafiliación” (Castel, 1995); es decir, la idea de que estos niños y jóvenes no tienen vínculos estables con los otros espacios de la integración social, principalmente los que les son destinados socialmente: la familia y la escuela; y para los jóvenes, el mercado de trabajo. En este sentido, en la comprensión e intervención sobre el tema prima la misma mirada que construye a los jóvenes como “ni-ni”: aquellos que, para la mirada estadística, se considera que “ni estudian ni trabajan” y se presentan como excluidos de todo espacio de integración social. Mirada que, en consecuencia, suscita emociones sociales que van de la comoción al temor.

Desde esta mirada de las experiencias callejeras de adolescentes y jóvenes como problema público, una arista particular es la de los efectos en sus trayectorias. Allí aparece lo que las frases elegidas como puntapié inicial de este libro tan bien ilustran: como una relación que “interrumpe” y “desvía”, de manera nociva, sus cursos de vida. Se trata de una extendida representación que interpreta un efecto específico en las biografías de quienes participan en *la calle* desde edades tempranas: la idea de que ello puede alterar y desviar el tránsito por la sucesión esperada socialmente entre la infancia, la juventud, la adultez y la vejez.

La prioridad de esta mirada sobre el tema en la región opacó la atención que se le prestó a tratar de comprender la(s) relación(es) de los jóvenes con *la calle*, más allá de la idea de problema y de desvío. Es a ello a lo que se refieren quienes afirman que *la calle* se vuelve, finalmen-

conceptos teóricos o citas bibliográficas de referencia. También se las utilizarán, al igual que las negritas, para marcar énfasis del análisis o conceptos propios.

te, una “oscura figura” (Wacquant, 2002) de la que muy poco se sabe efectivamente.

Todo ello resulta fundamental también a la hora de definir políticas públicas de impacto. En efecto, como consecuencia de su comprensión meramente en términos de problema y “desvío espacial”, las intervenciones suelen ir, en gran parte, desde las respuestas punitivas hasta el trabajo con adolescentes y jóvenes para que “decidan” alejarse *la calle* y volver a los espacios que les son socialmente destinados (escuela, familia, trabajo). Pero muchas veces basan este trabajo en estrategias que se centran en el refuerzo subjetivo y moral de cada adolescente/joven para que “elaboren un proyecto de vida alternativo” (Gentile, García Silva, Anzorena, 2015). Sin embargo, este trabajo institucional se encuentra con múltiples escollos si no se atiende a su vez qué es lo que adolescentes y jóvenes encuentran efectivamente en *la calle* (y no en otros espacios sociales). Y por lo tanto, sino intervienen sobre las condiciones colectivas (y no sólo individuales) que hacen que *la calle* cobre centralidad en la sociabilidad de las nuevas generaciones en los márgenes.

Es éste el aporte que se propone realizar el presente libro. En efecto, sin desconocer las problemáticas y riesgos asociadas a este espacio social, se busca ir más allá de la idea de desvío y problema, para profundizar la exploración de la multiplicidad de dimensiones y sentidos que cobra la relación entre los adolescentes y jóvenes de los márgenes del AMBA y *la calle*. Para ello, se indagan las formas que cobra en distintos grupos de adolescentes y jóvenes: un grupo que vive en *las calles* de la Ciudad de Buenos Aires, y otro que habita *la calle* desde un barrio segregado de la periferia bonaerense. En ambos, *la calle* se presenta como espacio central de su sociabilidad cotidiana juvenil.

Además de dar cuenta de esta multiplicidad de dimensiones, se verá cómo *la calle* es utilizada por adolescentes y jóvenes específicamente para orientar y organizar sus cursos de vida. De manera tal que este espacio social, al que tradicionalmente se adjudica un efecto de desvío de los cursos de vida, se convierte en determinadas condiciones estructurales en un recurso específico vigente en los márgenes sociourbanos para organizar las biografías en condiciones de desigualdad social signadas por la precariedad e inestabilidad.

Tal articulación entre condiciones objetivas y efectos biográficos-subjetivos no debería desconocerse apelando a una mera “decisión” indivi-

dual. Se aborda entonces aquí una de las dimensiones menos exploradas de las formas persistentes de desigualdad: sus efectos subjetivos y en particular en la temporalidad biográfica, como parte del “procesamiento social de las edades” en las nuevas generaciones. A este propósito se dedica este trabajo.

Las transformaciones de las clases populares y los cursos de vida de jóvenes en los márgenes

Las transformaciones de las clases populares urbanas en los últimos 30 años en la Argentina fueron analizadas desde las ciencias sociales a través de la idea del surgimiento de una “nueva cuestión social” (Castel, 1995). Se documentó así la proliferación de posiciones y experiencias al margen de la relación salarial que organizó la sociabilidad de las sociedades industriales durante gran parte del siglo XX. A su vez, se subrayaron las implicancias de la inestabilidad e incertidumbre asociadas a las transformaciones del vínculo con el mercado de trabajo y con las instituciones, en tanto debilitamiento de los “soportes” necesarios para la integración social (Merklen, 2005).

Pero estos cambios en la relación con estas inscripciones sociales (escuela, mercado de trabajo, acceso a la vivienda, jubilación), al funcionar también como “umbrales de edad” (Bessin, 2002), tensionaron las formas en que se organizan, social e individualmente, los cursos de vida de las personas y los pasajes entre las edades. Esta dimensión fue, en la Argentina, menos explorada. Así, el pasaje de la escuela primaria a la secundaria, o el comienzo de la actividad laboral y el momento de su finalización/retiro, son ejemplos de la manera en que la relación con tales soportes sociales organizó los cursos de vida y el pasaje entre las edades. ¿Qué pasa, entonces, con los cursos de vida de los jóvenes que se relacionan con estos soportes etarios de manera precaria, inestable y marginal? A lo largo de este libro se mostrará lo que constituye su argumento central: que en ciertas condiciones socioestructurales e históricas *la calle* puede convertirse en un soporte alternativo, aunque subordinado y precario, para organizar los cursos de vida en condiciones de marginalidad sociourbana.

La propuesta de analizar la relación de *la calle* con los curso de vida de jóvenes de los márgenes, requiere definir brevemente el enfoque del

cual se parte. Los “cursos de vida” en este trabajo son entendidos tal como lo hacen las ciencias sociales: no como producto necesario de un desarrollo madurativo psico-biológico sino como parte del “procesamiento social de las edades” (Martin-Criado, 1997; Chaves, 2006). Este concepto refiere a los múltiples procesos materiales, institucionales y simbólicos de construcción de las edades sociales (infancia, juventud, adultez, vejez), que en cada momento y sociedad determinadas dan lugar a relaciones y disputas entre grupos definidos por la producción de sentidos culturales, de las expectativas sobre los roles y tareas asociados a ellas, de los derechos y obligaciones formal e informalmente atribuidos, de los estereotipos y modos de relación con los miembros de otras clases de edad y fundamentalmente de las posiciones que definen la asignación y distribución de recursos sociales en función de ellas. Las edades cronológicas son tomadas desde esta mirada sólo como un elemento más entre otros utilizados en las luchas sociales por tales definiciones etarias (Bourdieu, 2000).

Desde este enfoque, analizar los cursos de vida permite documentar el entrecruzamiento de los eventos históricos y los cambios económicos, demográficos, sociales y culturales con las vidas individuales y las cohortes o generaciones (Blanco, 2011: 6). Ya que en las sociedades industriales, el concepto de ciclo de vida fue pensado como la organización de la existencia alrededor del trabajo asalariado: un momento preparatorio previo a la inserción laboral, otro de plena actividad y finalmente el retiro; bajo el supuesto de que los individuos atraviesan, de la infancia a la vejez, una secuencia ordenada de etapas tanto familiares, como profesionales y sociales, que dan lugar a los pasajes entre la infancia, juventud, adultez y vejez (Van de Velde, 2008).

Justamente por esta función de organización etaria de los soportes de la integración social, las transformaciones estructurales que afectaron en mayor medida a las clases populares, empezaron a desestructurar los recorridos vitales y referencias (Bessin, 2002; Tavoillot, 2011), y dieron lugar a formas alternativas de organización de los cursos de vida, más flexibles y alternantes de lo que se postulaba con la idea de una trayectoria lineal (Feixa, 2003; Casal et al., 2006; Padawer, 2010). Al mismo tiempo se señaló que las personas se encuentran desigualmente posicionadas para hacer frente a estas formas de flexibilidad biográfica, en función de la distribución inequitativa de capitales sociales (Castel, Haroche, 2001).

En América Latina, las discusiones sobre los efectos de la desigualdad en los cursos de vida de los jóvenes se centraron en las condiciones de transición a la adultez en la que se acumulan procesos de desventajas que llevan a la exclusión (Saravi, 2009). En la Argentina, se señalaron principalmente los efectos desestructurantes que tuvieron las transformaciones del mercado de trabajo en los '80 y '90 en los cursos de vida de las nuevas generaciones de clases populares (Kessler 2004, 2009), que llevaron por ejemplo a perpetuar obligadamente una condición juvenil más allá de lo estipulado por no poder acceder a un empleo estable asociado con la adultez (Tonkonoff, 2007). También se señalaron sus efectos desestructurantes en los pasajes entre la infancia y la juventud, interpretando que en condiciones de pobreza se produce una entrada más rápida en el mercado de trabajo y el abandono de la escolaridad (Feldman, 1995; Macri, 2005), lo que produce un pasaje temprano a la adultez (Rausky, 2014), expresada en la paradójica figura del “niño-adulto” (Macri, 2005); o las hipótesis acerca del “fin de la infancia” (Baquero, Narodowsky, 1994) (Corea, Lewkowicz, 1999). A su vez se documentó cómo la agudización de las desigualdades sociales afectó los ritmos y las etapas del ciclo vital, acelerándolos entre los jóvenes más pobres (Torrado, 1996) y acortando las distancias generacionales (Daroqui, Guemureman, 2007).

Son muy pocos los trabajos que, como este libro, se preguntan por cuáles otros recursos utilizan los adolescentes y jóvenes de los márgenes frente a estas referencias que se desvanecen². ¿Puede *la calle* cumplir el rol de organizador de las biografías que permita establecer transiciones y pasajes de edad, aún en condiciones de desigualdad y marginalidad?

Este libro propone responder este interrogante, poniendo en el centro las experiencias y miradas de los propios jóvenes de los márgenes del AMBA. Para ello, en el primer capítulo se presenta la manera en que fue abordada la relación entre los adolescentes y jóvenes con *la calle*

2. Sólo de manera reciente comenzaron a indagarse, en relación a los jóvenes de barrios populares del AMBA, la importancia que cobran otros hitos y/o soportes en sus biografías, como por ejemplo las emociones, los afectos, la familia, las instituciones barriales alternativas a las tradicionales, los usos de drogas y las distintas formas de violencias en las que están involucrados (Di Leo, Camarotti, 2013). En el presente libro se reconstruyen los recursos asociados al espacio de *la calle*.

(principalmente a través de los trabajos sobre “chicos de la calle”) y las formas en que tal relación se convierte en un terreno de conflictos generacionales, por el temor de los adultos al desvío de sus cursos de vida. En el segundo capítulo se presentan las biografías de dos adolescentes que viven en las calles de la Ciudad de Buenos Aires, analizando los relatos sobre el momento de *la salida* del hogar. En el tercer y último capítulo se profundiza en la biografía de un adolescente que habita un barrio segregado del conurbano bonaerense, pero en el que *la calle* constituye el espacio central de su sociabilidad. Se cierra el libro con unas palabras finales que sintetizan los aportes de estas biografías para repensar las complejidades y características de esta relación.

El material presentado es parte de un largo proceso de investigación con múltiples etapas entre el 2004 y el 2015, en el que intervinieron distintas instituciones que brindaron financiamiento y apoyo: principalmente el CONICET, la UBA y la UNGS. Particularmente las biografías de estos jóvenes forman parte de mi tesis de Master en la EHESS (Gentile, 2006) y Doctoral presentada en la FSC-UBA (Gentile, 2015). En ésta se implementó un abordaje socio-antropológico y relacional con los/as niños/as, jóvenes y adultos/as de múltiples territorios de los márgenes del AMBA: dos instituciones para niños y jóvenes en situación de calle y de pobreza (una estatal y una organización no gubernamental) y un barrio periférico del conurbano bonaerense, estigmatizado como símbolo de la violencia y marginalidad urbana³. También se retoman algunos datos de otros proyectos, como la Investigación sobre “Programas de abordaje institucional de niños, niñas y adolescentes en situación de calle en Argentina”, UNGS-SENAF (dirigido por Gentile, García Silva, 2015).

Conocer las experiencias callejeras de los y las adolescentes y jóvenes de los márgenes del Área Metropolitana de Buenos Aires (en adelante, AMBA) desde la perspectiva de los cursos de vida, en intersección

3. La investigación doctoral se desplegó en distintas etapas entre 2004 y 2014 y combinó múltiples técnicas de producción de información: principalmente, un enfoque etnográfico multisituado, en el marco del cual se realizó observación participante, entrevistas en profundidad y orientadas biográficamente (193 en total), análisis estadístico de 1.666 legajos institucionales y otras fuentes secundarias, y material fotográfico realizado por los propios jóvenes del barrio segregado del conurbano.

con las dinámicas territoriales, de clase y de género, provee un analizador fundamental de las desigualdades actuales de la sociedad argentina⁴.

4. La noción de “intersección” entre distintos clivajes de desigualdad es definida por los estudios feministas contemporáneos, que la distinguen tanto del enfoque “unitario” (que considera un solo eje de desigualdad como el más relevante), como del “múltiple” (que trata diferentes desigualdades como fenómenos paralelos, pero que no interfieren el uno con el otro). El enfoque “interseccional”, por el contrario, considera las intersecciones entre diferentes desigualdades y trata las relaciones entre los ejes de desigualdad como preguntas abiertas a determinar en cada contexto específico (Hancock, 2007).

La relación de lxs adolescentes y jóvenes con “la calle”

Este capítulo repasa brevemente los conocimientos existentes acerca de la relación de adolescentes y jóvenes con “la calle”. En un primer momento se revisan los aportes de los estudios sobre el tema: se repasan los enfoques y temáticas que fueron realizados, las características de la población y las dificultades para su delimitación sociodemográfica, y las principales formas que tomaron las políticas públicas para trabajar con esta población. En un segundo momento se presentan las razones por las cuales alrededor de *la calle* se presentan tensiones y conflictos generacionales entre jóvenes y adultos en los territorios del AMBA estudiados.

1. Estudios y características de los adolescentes y jóvenes y “la calle”

En América Latina, fue a través de la figura de los “chicos de la calle” como se abordó principalmente la relación entre adolescentes y jóvenes de los márgenes y este espacio social. Es que desde la década de 1980 –la llamada década perdida, por el avance de la pobreza y desigualdad en la región– esta figura se constituyó en paradigmática de las desigualdades urbanas que afectaron a las nuevas generaciones de las clases populares (Carli, 2006). También se convirtió en objeto sociológico y motivó estudios sobre las formas particulares de experiencias infantiles y juveniles constituidas en condiciones de marginalidad y pobreza. Al mismo tiempo despertó (y aún lo sigue haciendo) apasionados debates en

torno a su interés como problema social y las dificultades de su abordaje institucional.

Las ciencias sociales, en diálogo con las instituciones de acción pública, las ONG's, los medios de comunicación y los organismos internacionales y multilaterales, son las voces que se alzan en las discusiones sobre las definiciones del fenómeno y las formas adecuadas de intervención. Por ello, las discusiones están impregnadas de un tono normativo y moral que denuncia su existencia como una de las formas extremas de las injusticias sociales que atraviesan a los más jóvenes de la región, pero que a veces opaca otras dimensiones de tal experiencia. A su vez, a las controversias en cuanto a su definición conceptual se suman las características específicas de una población en permanente movimiento por los requisitos urbanos, lo que hace especialmente difícil su delimitación metodológica para establecer cantidades y dimensiones, interés siempre presente entre quienes buscan intervenir (Pojomovsky, 2008; Gentile, 2015; Gentile, García Silva, Anzorena, 2015).

Todo ello suscitó un campo de conocimientos específicos en la región, que proliferó en las décadas de los '80 y '90 siguiendo principalmente dos líneas. Por un lado, se mostró al fenómeno como efecto del crecimiento abrupto de la pobreza y la desigualdad producto de las políticas neoliberales (Lucchini, 1996; Gomez da Costa, 1998; Carli, 2006) y por ende como manifestación de la “nueva cuestión social” en las nuevas generaciones. Por otro lado, fue señalado como blanco privilegiado de las intervenciones institucionales que, tratándolos como “menores” diferenciados de la población de “niños”, se basaron en el encierro, la judicialización y el control social (Guemureman, Daroqui, 2001). Así, se fue asociando sucesivamente esta figura a una serie de estereotipos y prejuicios –abuso, explotación, abandono, delincuencia, drogas– y con la idea de una figura “asocial” que conlleva una dimensión de temor y peligrosidad (Pojomovsky, Gentile, 2008). En los medios de comunicación, la figura del “chico de la calle” cobró relevancia, presentada alternativamente como “víctimas” de la sociedad, y como “victimarios” (delincuentes) (Pojomovsky, Gentile, 2008). Desde entonces, se fueron sucediendo los criterios para definir la población de niños y jóvenes callejeros (Prates Santana, 2003):

- la edad (menores de 18 años), que distinguiría a la problemática de “chicos de la calle” de la de los adultos “sin techo” o “homeless”;

- el tipo de actividades que los chicos desempeñan en la calle (trabajar y/o dormir) y la relación establecida con la familia;
- el tiempo de permanencia de los chicos en la calle, estableciendo un gradiente de integración en la vida y la cultura callejera;
- las formas de resolución de cuatro necesidades principales (obtención de dinero, alimentación, lugar donde dormir y espacio de recreación) como criterios de diferenciación de tal población.

La definición más difundida en esas décadas fue aquella que distinguía a los chicos “de” la calle, de los chicos “en” la calle (adoptada por UNICEF en 1986):

“Los niños en la calle mantienen el contacto con sus familias; se encuentran en la calle para ejercer diversas actividades pero no duermen en ella. Los niños de la calle son aquellos que han roto el contacto con sus familias; duermen en las calles, donde llegan a organizar un marco de vida o de sobrevivencia al margen de la sociedad” (Naciones Unidas, 2000).

Esta distinción fue criticada por su rigidez y por la multiplicidad de situaciones intermedias que dificultan la distinción entre una y otra población.

Ya adentrados en el nuevo siglo, se produjeron procesos en la región que sin dudas modificaron la relación de las nuevas generaciones con el espacio urbano de “la calle”. Por un lado, la expansión de la perspectiva de derechos en las políticas de infancia y juventud como “frente discursivo” (Fonseca y Cardarello, 2005) llevó a derogar su tratamiento como “menores” y desplegar formas de “ciudadanía” que trajeron nuevos desafíos a los modos de su abordaje institucional; por otro, procesos de relativa reactivación económica y recomposición social en la última década que reconfiguraron las particularidades de las experiencias callejeras contemporáneas en comparación con las de generaciones anteriores. A su vez, el aumento de la preocupación por la “inseguridad” y la estigmatización de los jóvenes pobres como su causa, alimentó nuevos procesos represivos y de “minorización” (Diker, 2009; Kessler, 2012). Sumado a ello, la profundización de procesos de segregación urbana reconfiguró las dinámicas de uso del espacio urbano en relación con los niños y jóvenes de clases populares (Chaves, Hernandez, Cingolani, 2012), y la masifi-

cación de nuevas sustancias psicoactivas renovaron la preocupación por los efectos en su integridad física (Gentile, García Silva, Anzorena, 2015).

A tal reconfiguración propia del fenómeno se sumaron nuevas preguntas y enfoques sobre el tema desplegadas en investigaciones recientes. Por un lado, se ensayaron definiciones más “amplias” que intentan abarcar en una misma categoría la complejidad y la multiplicidad de las situaciones implicadas en el hecho de estar en la calle: la de “niños y jóvenes en situación de calle”, o la categoría de “niños y jóvenes con necesidad de medidas de protección especiales”, según la última definición adoptada por UNICEF. Por otro lado, los estudios –además de dedicarse a analizar los procesos socioestructurales causales y los abordajes socioinstitucionales que recibieron estos niños y jóvenes– comenzaron a prestar cada vez más atención a las dimensiones socioculturales que revelaron los sentidos y prácticas que los propios niños y jóvenes desplegaban en el espacio callejero (Gentile, 2006, 2015; Pojomovsky et al., 2008; Litichever, 2009; García Silva, 2014). Este libro se inscribe en esta mirada sobre el tema, al referirse a los sentidos que los y las propios/as adolescentes y jóvenes otorgan a *la calle* como organizador biográfico.

En este terreno de discusiones abiertas y diferentes enfoques, hay algunas características sociodemográficas de la población señaladas por los distintos trabajos sobre niños y jóvenes “en situación de calle” en el Área metropolitana de Buenos Aires, en donde se inscriben las biografías de los adolescentes y jóvenes de este libro. Para mencionar las más salientes, se trata en su mayor proporción de adolescentes (las edades se concentran entre los 13 y los 16 años); alrededor del 80% son varones; provienen en gran medida de familias con más de 5 hermanos, la mayoría mantiene el contacto con sus hogares y se caracterizan por circular y movilizarse entre territorios del AMBA. Esto último se debe a que generalmente provienen de ciudades y lugares segregados y establecen sus actividades callejeras en las zonas más céntricas de ciudades que concentran más recursos, principalmente desde las periferias al centro de la Ciudad de Buenos Aires, pero también movimientos entre territorios desiguales dentro del propio conurbano⁵.

5. Características de la población callejera en el AMBA en las que coinciden, entre otros, los Censos del GCBA de 2007, 2008 y 2013, y los trabajos de Lezcano, 2002; Gentile, 2006, 2015; Pojomovsky et al., 2008; García Silva, 2014; Gentile, García Silva, 2015.

También hay coincidencia en que los motivos por los que los y las adolescentes y jóvenes del Área Metropolitana de Buenos se relacionan con el espacio de “la calle” son variados y que se realizan en ellas diferentes tipos de actividades (económicas y de subsistencia, dormir, participar en redes de sociabilidad, consumo de sustancias, etc.). Esto supone habitarla en distintos horarios, en diversos circuitos y con diferentes personas (con el grupo familiar, con un grupo amplio, de a pares, etc.). Los antecedentes también muestran que los diversos modos de habitar “la calle” (vivir en las calles o realizar actividades en ellas pero regresando con frecuencia al hogar familiar) no necesariamente definen la pertenencia a grupos de carácter excluyente, sino que pueden constituir distintos momentos de una misma trayectoria biográfica. A su vez, la relación con “la calle” no resulta excluyente de la relación con instituciones u otros espacios sociales (Gentile, 2006, 2015; Pojomovsky et al. 2008; García Silva, 2014).

En cuanto al tratamiento institucional que reciben, por un lado persiste con estos/as adolescentes y jóvenes un trato represivo, estigmatizador y violento por parte de las fuerzas públicas en sus interacciones en el propio espacio callejero. Por otro lado, existe en el AMBA una diversidad de dispositivos y propuestas institucionales de quienes atienden a esta población, especialmente en los lugares más céntricos que los reciben (ya que hay mucha menor presencia en los territorios segregados desde donde parten). Una diversidad de programas, organizaciones y dispositivos, tanto estatales como una presencia importante de las organizaciones de la sociedad civil (muchas de las cuales se encuentran vinculadas a la Iglesia Católica). En su mayoría consisten en propuestas para trabajar con los y las adolescentes y jóvenes en la misma calle, y/o proponerles realizar actividades puntuales en algún espacio o sede (Gentile, García Silva, 2015). Y en ellas conviven y disputan, en el AMBA, distintos modelos de atención: por un lado, los que priorizan la inclusión social e institucional (inclusión educativa, en sistemas de salud y laboral principalmente), sostenido en mayor medida por programas estatales que surgieron en los últimos diez años. Pero por otro lado y en igual nivel de importancia, aquellas que ponen el acento en lo individual (necesidades subjetivas y de fortalecimiento personal) para alejar a los adolescentes y jóvenes de *la calle*, con mayor pregnancia en las organizaciones de la sociedad civil que trabajan con esta población. En mucho menor medida se presenta el modelo de trabajo a través del refuerzo

familiar y comunitario (Litichever, Magistris, Gentile, 2013; Gentile, García Silva, 2015).

Como se ve, en el trabajo con esta población se mantiene una mirada que invisibiliza las condiciones sociales de posibilidad de las trayectorias callejeras, al operar en mayor medida sobre los individuos y no sobre sus condiciones de existencia. Para dejar de interpretar e intervenir sobre los adolescentes y jóvenes que habitan *la calle* desde iniciativas punitivas o como si se tratara de “desvíos personales” o “espaciales”, entonces, resulta fundamental abonar la comprensión de las condiciones sociales que hacen posible que *la calle* cobre profunda centralidad subjetiva en las nuevas generaciones de los márgenes, y las modalidades que ello toma.

2. Conflictos generacionales en torno a la participación de adolescentes y jóvenes en *la calle*

Las características mencionadas por los trabajos en el párrafo anterior se refieren mayoritariamente a *la calle* como espacio físico, que se diferencia de otros espacios en los que normativamente se espera que estén los más jóvenes (principalmente familia y escuela). Es por ello que la relación de los adolescentes y jóvenes con la calle ha sido muchas veces abordada como un “desvío espacial”, en tanto chicos/as que no están en los espacios que les están socialmente destinados.

Sin embargo, al hablar de *la calle*, tanto los adolescentes y jóvenes como los adultos que entrevisté a lo largo de mi investigación hacían referencia a una multiplicidad de dimensiones que exceden la mera referencia a un espacio físico: prácticas específicas, modalidades de relación, formas de sociabilidad, identidades y moralidades particulares vigentes en ese ámbito. Por ello, *la calle* es identificada como un universo o mundo social (Strauss, 1992). Es de esa manera, por lo tanto, que será tomada en este trabajo, y su relación con los cursos de vida y el procesamiento social de las edades. Alrededor del mundo social de *la calle* se tejían, a su vez, ciertos conflictos generacionales.

En efecto, para gran parte de los adultos con los que interactuaban los/as adolescentes y jóvenes que entrevisté (padres, vecinos, maestros y agentes institucionales) *la calle* aparecía como una categoría moral negativa, que concentra los mayores peligros a los que sus niños/as y

jóvenes están expuestos, a tal punto que se la creía capaz de alterar sus cursos de vida. Desde la perspectiva de los propios jóvenes, sin embargo, *la calle* implicaba una multiplicidad de dimensiones y relaciones, que si bien reconocía peligros y experiencias negativas, también brindaba recursos y soportes específicos que no encontraban en otros espacios.

La mayor parte de los adultos asociaba *la calle* con la realización de actividades delictivas, la adicción a las drogas y la exposición a situaciones de violencia y/o a la brutalidad policial, dando así una interpretación específica al sentimiento de “inseguridad” que, de manera inversa a como aparece en el debate público, ubica a los jóvenes de los márgenes como sus principales afectados al poner en riesgo sus vidas e integridad física. También las familias utilizaban la mención a *la calle* para referirse a los grupos de pares de la sociabilidad callejera (las *malas juntas*), capaces de ejercer una influencia moral negativa contraria a sus orientaciones. La identificación de esta categoría con tales peligros y riesgos llevaba a los adultos a intentar estrategias para controlar las modalidades, cantidad de tiempo y distancias permitidas a estos/as adolescentes y jóvenes para que estén en ella o directamente la eviten, en función de la edad y el género.

Ya muchos trabajos etnográficos sobre la sociabilidad de clases populares latinoamericanas señalaron esta identificación de *la calle* como una influencia negativa para quienes son considerados vulnerables: los niños y jóvenes –por concebirlos como “seres en formación” y por ende, influenciables– y también las mujeres, en función de los atributos de “vulnerabilidad” asociados a las construcciones heteronormativas tradicionales de lo femenino. Estos trabajos muestran que tal construcción suele presentarse relacionamente en oposición a *la casa* como el espacio de resguardo adecuado para las mujeres y los más chicos (Fonseca, 1994, Da Matta, 1997; Magnani, 1998; Da Silva y Vogel, 2007; Gentile, 2008; Chaves, Hernández, Cingolani, 2012). Sin embargo, los trabajos también describen cómo en las prácticas cotidianas de estos mismos grupos sociales los límites espaciales entre *la casa* y *la calle* son más porosos que lo que tales oposiciones morales sugieren.

En los territorios que indagué, la construcción moral de *la calle* también llevaba a concebirla como capaz de trastocar negativamente los ciclos de vida, principalmente por dos razones. La primer razón es que los adultos asociaban la adscripción a las prácticas callejeras como causa del alejamiento de los espacios tradicionales de integración social (la “cultura

del trabajo” y el logro de un diploma escolar), que garantizaron en generaciones anteriores de clases populares niveles importantes de estabilidad, bienestar y posibilidades de movilidad social. Se entiende que si los niños/as y jóvenes participan en *la calle* se alejan de los pasos preparatorios para la esperada posición de estabilidad y bienestar asociada con la adultez, produciendo una suerte de “desvío” en sus trayectorias vitales, con connotaciones morales (seguir el “mal camino”). En el caso particular de las chicas, el temor de desvío que se asocia a su participación en *la calle* se relaciona con la adscripción a una moralidad que permita usos del cuerpo y la sexualidad que deriven en un embarazo a edades consideradas tempranas y un consecuente abrupto pasaje a la adultez. Sin embargo, como se señaló con la revisión de antecedentes en el tema, fueron las propias transformaciones estructurales que afectaron a las clases populares en los últimos 30 años en la Argentina las que dieron lugar a una desigual distribución de los recursos materiales, institucionales y de propiedad para la organización de los cursos de vida de los nuevos miembros de la sociedad. Son estas mismas transformaciones las que —por la manera en que afectaron los espacios tradicionales de integración de las clases populares— generaron las condiciones para que las formas de integración callejeras tengan una mayor centralidad en los cursos de vida de las nuevas generaciones en los márgenes sociourbanos. Esto permite comprender las dificultades y limitaciones que encontraban los adultos (familiares e instituciones) cuando desplegaban estrategias para sustraer a los y las adolescentes y jóvenes de la sociabilidad callejera apelando a la “fortaleza” o “voluntad” de cada uno o de sus familias. Por ejemplo, encerrándolos en sus casas, o enviándolos un período de tiempo a la casa de algún familiar lejos de las *malas juntas* de *la calle*.

La segunda razón por la que se concibe que *la calle* trastoca los ciclos de vida de adolescentes y jóvenes, tiene que ver con la identificación de este espacio con riesgos y peligros que pueden generar consecuencias irreversibles, enfermedades y hasta la muerte. En este sentido, los adultos contrastan las características de este espacio social en la actualidad con sus propias experiencias pasadas, identificando mayores niveles de violencia y nuevos peligros, como por ejemplo, el consumo y la venta de drogas, la extensión de la participación de jóvenes en robos o hurtos y/o la brutalidad de la violencia policial dirigida a ellos. Estas prácticas constituyen una novedad generacional en la sociabilidad callejera e instauran entre los adultos el temor al desvío de los cursos de vida

de los y las adolescentes y jóvenes, por llevarlos a culminar sus días en la cárcel o incluso la muerte siendo aún jóvenes. Por ambas razones, la mayor parte de los adultos consideraba que *la calle* puede “dañar” la experiencia de la infancia y la juventud de quienes participan en ella.

Sin embargo, entre los/las adolescentes y jóvenes que participaron de la investigación, si bien en sus relatos aparece muchas veces esta dimensión moral negativa asociada a la experiencia callejera, apareció además un espectro más amplio de dimensiones, sentidos y formas de relación, ya que *la calle* constituye también una fuente de recursos y posibilidades. Y si en efecto sus recorridos callejeros se les presentan a veces como alejados de las trayectorias normativas, este sentimiento de distancia no agota los sentidos de la temporalidad biográfica asociados a tal espacio. Por el contrario, los recursos y posibilidades que reconocen en *la calle* les permite, como se verá en los próximos capítulos, construir referencias y soportes para organizar una temporalidad biográfica y delimitar pasajes etarios que no encuentran en otros espacios. Así –aunque de formas más informales, locales, reversibles y también riesgosas–, encuentran la posibilidad de ordenar sus cursos de vida aún desde los márgenes de la escuela, del mercado de trabajo y en condiciones de precariedad familiar y urbana.

Biografías callejeras 1: Adolescentes y jóvenes que viven en las calles de la Ciudad

1. “El día que me fui”: el pasaje de la casa a *la calle* como acontecimiento biográfico

La serie de relatos biográficos aquí presentados fueron producidos en las charlas con los niños/as y jóvenes que contacté en el marco del trabajo realizado en un Centro de Día para “niños y adolescentes en situación de calle” del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires, entre el 2005 y el 2006⁶. Entonces me interesaba desentrañar la relación de estos chicos y chicas con *la calle* y los motivos por los que “se habían ido de su hogar”, tópico central compartido con las preocupaciones de las políticas públicas y de las investigaciones sobre el tema (Lucchini, 1993). La pregunta por la organización de sus cursos de vida no era aún parte de mis inquietudes. Pero a medida que los escuchaba contar sus vidas, comencé a observar que la manera en que se referían a la *salida del hogar* y el comienzo de la vida en *la calle* tenía ciertas connotaciones que remitían a un cambio significativo de estado en sus cursos de vida, un hito o acontecimiento que marcaba un antes y un después en sus biografías. Más aún, que te-

6. La investigación en el centro de día se desarrolló en dos etapas. Entre el 2003 y 2005 trabajé sistematizando la información sociodemográfica y sociocultural contenida en los legajos institucionales de los/as niños/as, adolescentes y jóvenes asistentes. Ello permitió construir una base de 1.660 casos de niños/jóvenes “en situación de calle”, para conocer y describir estadísticamente a esta población y dio origen a diversas publicaciones (Pojomovsky, colab. Cillis, Gentile, 2008a; 2008b). Los materiales biográficos que aquí se presentan fueron elaborados en una segunda etapa de indagación (2005-2006), como parte de mi investigación doctoral y en el marco de un trabajo etnográfico en la institución.

nía connotaciones etarias, es decir, que presentaba sentidos asociados al pasaje entre las edades (de ser “chicos” a ser “grandes”).

La pregunta por los “motivos de salida del hogar” de estos adolescentes y jóvenes está siempre presente tanto en gran parte de las investigaciones académicas como en la mirada de las instituciones y políticas públicas que les son destinadas. Así la describía Rolo (que tenía 21 años cuando lo encontré en el Centro de Día, y presentaba una larga experiencia de vida en la calle):

E: —Y desde más o menos qué edad... cuántos años tenías cuando empezaste a estar así, en la calle?

R: —En la calle... y, 13 años (...) No. Yo estuve... a los 12 más o menos yo ya estuve en la calle, así, pero yo iba a dormir a mi casa.

E: —Ibas y venías?

R: —Sí. Y me fui directamente de mi casa a los... 13 años.

E: —Y por qué, antes que pasaba? Por qué empezaste a ir y venir, y por qué después te fuiste directamente?

R: —Y, porque yo me escapaba de mi casa y me iba a las 6 de la mañana y venía a las 12 de la noche. Y mi vieja un día se re calentó y me dio una paliza. Flor de paliza!! Y bueno, la segunda vez que me quiso pegar yo me fui, eran como las 9 de la noche, y me quiso pegar. Yo le dije: “sí me pegás, me voy”. Y me pegó, y me fui”.

Rolo se refería a la “salida del hogar” como un acontecimiento único; un día y momento que podía ser identificable en el tiempo y que inauguró un antes y un después en su biografía. Como la mayoría de los chicos y chicas que entrevisté, identificaba a *la salida* del hogar como un acontecimiento (muchas veces violento) que daba inicio a la vida en *la calle*, relatándola como un pasaje entre dos espacios sociales opuestos (*la casa* familiar y *la calle*).

Frente a estos relatos de adolescentes y jóvenes, tanto las intervenciones institucionales como los trabajos académicos se dedican a indagar en los “motivos” o acontecimientos pasados que los llevaron a estar en *la calle*, tratando a los motivos de “la salida” enunciados como descripciones de hechos que constituyen causas de tales trayectorias. Sin embargo, los trabajos que estudian la estructuración del tiempo biográfico (Leclerc-Olive, 2009) proponen desandar la evidencia de los “*acontecimientos cruciales*” o “*puntos de inflexión*” en los relatos, puesto que su

ocurrencia no suele presentar desde el inicio tal sentido disruptivo y por lo tanto, no se trata de una mera descripción de hechos sucedidos sino de una elaboración que realizan las personas a posteriori. Desde esta perspectiva, la aparente “confusión” o “duda” de Rolo sobre las fechas (“a los 13... No, a los 12 años”), se convierte en trazos que dan cuenta de la actividad desplegada para identificar cuál fue “el momento de la salida” como punto de inflexión en su biografía y por lo tanto no debe ser tomada como una mera descripción. Las herramientas que brindan estos trabajos permiten ver que los “puntos de inflexión” en los relatos biográficos (Leclerc-Olive, 2009) constituyen figuras que se presentan como acontecimientos únicos, que motivan un pasaje o cambio de situación en la existencia de las personas y producen fechas, marcan el tiempo, distinguen un antes y un después de su acontecer (Leclerc-Olive, 1998 : 6). Pero, tal sentido se constituye sólo luego de un trabajo de producción y en el seno de interacciones con otros (Leclerc-Olive, 1998 : 13).

Según Michèle Leclerc-Olive (1998), el relato sobre el pasado se modela constantemente. Por lo tanto, propone analizar los relatos sobre lo vivido como un género narrativo, prestando atención a los recursos utilizados por las personas en su producción. El proceso de reelaboración biográfica es desencadenado por su participación en determinadas relaciones sociales actuales, en función de las necesidades para la acción que tiene lugar en el presente. Así, el relato biográfico que producen las personas en sus interacciones cotidianas o a partir del pedido de un investigador, un periodista o de una institución, no constituye una descripción de hechos tal y como fueron dados, sino que tiene un carácter preformativo, “en el sentido en que el relato instituye por sí mismo una historia” (Leclerc-Olive, 1998: p. 5).

Desde esta perspectiva, para conocer la relación de los adolescentes y jóvenes con *la calle* se necesita invertir el punto de indagación: no tomar los “motivos” pasados que “causan” que los niños/as y jóvenes “se vayan de su hogar”, como si se tratara de hechos inmutables que expliquen el presente. De manera inversa, se propone prestar atención a los múltiples procesos y prácticas actuales de su participación en *la calle*, y dar cuenta de los procedimientos que despliegan los propios adolescentes para construir, retrospectivamente, a *la salida* como un hito único y fundante de su situación presente: el “día que se fueron” de su hogar.

Esta *salida* del hogar tenía en los relatos de los y las adolescentes y jóvenes, a su vez, una connotación etaria. Es que “la partida del hogar”

familiar fue considerado tradicionalmente uno de los “hitos de pasaje” a la adultez, al asociarse con la emancipación de la tutela familiar y la adquisición de mayor autonomía (Mauger, 1995). Entre las clases populares, esta salida coincidía tradicionalmente con la constitución de una familia propia de manera más temprana que en las clases medias (Torrado, 1996; Tonkonoff, 2007), volviendo menos probable la vivencia de la juventud como “moratoria social”⁷ (Margulis y Urresti, 1996). Sin embargo, lo que resultaba particularmente llamativo de las historias de vida de estos adolescentes y jóvenes, es que la mención de la edad en que se producía el acontecimiento de *la salida* del hogar familiar hacia la vida en las calles era en promedio alrededor de los 12 años (Pojomovsky et al., 2008; Gentile, 2015), edad asociada hegemónicamente al estatus infantil. ¿Qué significado tenía entonces, para estos jóvenes, “irse de su hogar” en términos de sus cursos de vida?

En efecto, los relatos de *la salida* del hogar daban cuenta a su vez de un pasaje a un nuevo espacio, a través del relato de las “primeras veces” que se sumergían en prácticas callejeras. Otros trabajos sobre biografías en condiciones de precariedad sugieren prestar especial atención a las narrativas de las “primeras veces” (Bozon, 2002). Puesto que estas narrativas permiten dar cuenta de la entrada en prácticas y/o instituciones que expresan pasajes de estatus más parciales y reversibles que los generados por los “ritos de pasaje”⁸ formales y objetivados institucionalmente, propios de trayectorias más lineales. Munidos de estas herramientas teóricas, puede verse que todos los relatos de los y las adolescentes y jóvenes entrevistados hacen referencia a una serie de momentos o procesos comunes constitutivos del inicio de la vida en *la calle*. Pero en cada relato,

7. Los autores se refieren a una condición de juventud propia de clases medias y altas en las que es posible una juventud “no productiva” (Chaves, 2010), en referencia al permiso social para estar durante los años de juventud exentos de las responsabilidades asociadas a la condición infantil (la escolaridad) y de adultez (principalmente, la de garantizar el sustento individual y familiar). Pero las condiciones para vivir tal “moratoria social” están menos extendidas entre los jóvenes de clases populares latinoamericanas.

8. La noción de “rito de pasaje” es producida por la tradición antropológica para describir, en sociedades tradicionales fuertemente compartimentadas y jerarquizadas, rituales con función de separación, diferenciación y ordenamiento de los grupos sociales, generalmente entre sexos y generaciones. Estos ritos de pasaje marcaban suelos que diferenciaban la transición de un estatus al otro y cumplían a su vez un rol de integración social, al articular las vidas individuales y la dinámica colectiva (Bessin, 2002: 13-14).

estos momentos se presentan en una secuencia temporal diferente, dando lugar a distintas elaboraciones de sus recorridos o cursos vitales.

A continuación se presentan los cuatro momentos nodales presentes en todos los relatos biográficos y dos secuencias típicas en las que articulaban el pasaje de *la casa* a *la calle* en los cursos de vida. En la medida en que la elaboración de *la salida* como “punto de inflexión” daba lugar a relatos de “la primera vez” (Bozon, 2002) en *la calle*, su análisis hace posible identificar la adjudicación de sentidos etarios y de organización de los cursos de vida a tal acontecimiento de pasaje.

I. Vanina: *la salida* como desencadenante

Vanina tenía 19 años cuando la entrevisté en el centro de día y aunque en ese momento reconocía que no estaba viviendo en *la calle* (sino en un hotel con su pareja y dos hijos), comenzó a participar del centro cuando pasaba sus noches en las calles del centro de la ciudad. Vanina contó que hasta los 15 años vivió en su casa desempeñando el rol social asignado a muchas de las niñas de las clases populares de Buenos Aires: hacerse cargo del cuidado de sus hermanos y de la organización del hogar. “*Yo vivía muy encerrada en mi casa, cuidando a mis hermanos, y viviendo para mis hermanos, nada más*”. En su curso de vida (y en el de la mayor parte de las chicas que entrevisté), la asunción de importantes responsabilidades de cuidado de familiares y mantenimiento del hogar no son incompatibles con la experiencia infantil. Por el contrario, resulta constitutivo de la configuración de un tipo de rol extendido entre las chicas que entrevistamos: el rol de hija-ama de casa-cuidadora (hijas con amplias responsabilidades de cuidado de los hermanos y reproducción del hogar). Fue más adelante, a los 15 años, cuando su madre se opuso a que ella continúe la relación con su novio, que Vanina identifica un momento de conflicto y discusión que la lleva a decidir *irse de su hogar*.

V: —*Los dos juntos nos fuimos [se refiere al novio]. Yo me escapé de mi vieja porque mi vieja no me dejaba estar con mi pareja, con mi novio. Y ya anteriormente yo había perdido un bebé de él... Y en base a todo eso, nos fuimos y... y en base a toda la salida, empezamos a salir a Provincia y [después] fuimos para acá, a Capital...*

E: —*Y ahí empezaron a estar en la calle?*

V: —*Empezamos a estar en la calle y acá en Retiro empezamos a conocer un montón de chicos, estando en la calle. Y bueno, así vine y conocí el Centro de día.*

En este pequeño extracto del relato de Vanina se encadenan distintas prácticas y procedimientos que forman parte de la construcción de *la salida* del hogar como un acontecimiento único, y que también van a aparecer en todos los relatos biográficos de los jóvenes entrevistados, aunque en diferente orden:

- La individualización de *la salida* como efecto de una discusión familiar y conflicto generacional.
- El cambio del horizonte espacial: el pasaje a *las calles* del centro y la distancia del espacio familiar.
- El cambio de horizonte social: la inmersión en un grupo de pares callejero y las jerarquías etarias.
- El contacto con instituciones.

Veamos cómo los articula Vanina.

- **Individualización de *la salida* como efecto de una discusión familiar y conflicto generacional.**

Vanina, al igual que la mayor parte de los adolescentes y jóvenes entrevistados, identifica *la salida* como producto de una fuerte discusión con los adultos de su familia. En su caso se trata de su madre y esta situación da origen al abandono del hogar y la interrupción del vínculo con su familia. En efecto, la identificación del momento de *la salida* con un episodio de violencia familiar ya había sido advertida por Ricardo Lucchini en sus investigaciones sobre los niños y jóvenes de la calle en Brasil y Montevideo (Lucchini, 1993: 40-ss). En el caso de Vanina, esta instancia coincide con el inicio de *estar en la calle*, el hecho violento como desencadenante y *la salida a la calle* como consecuencia.

Una mirada atenta a la construcción de las generaciones y su articulación con las relaciones de género, nos permite identificar que en Vanina, al igual que en la mayor parte de los relatos de adolescentes y jóvenes de clases populares que entrevisté, esta *salida* aparece como efecto de un conflicto con la autoridad de los adultos del hogar para definir los usos de su cuerpo y sus prácticas de sexualidad. En efecto, más adelante afirma:

“Y yo, por haberme ido de mi casa y estar en la calle hice mi vida, tengo mi familia...”. Como vemos, la inmersión en *la calle* aparece para ella como forma de hacer posible el uso autónomo de su cuerpo y de su sexualidad. Pero, a su vez, lo asocia a la posibilidad de conformar una familia, tener hijos. *Salir del hogar* y *estar en la calle* se constituyeron para ella, retrospectivamente, como instancias necesarias que le permitieron pasar de un estatus infantil cargado de responsabilidades familiares, a un estatus de adultez asociado con la posibilidad de constituir una familia propia. Pero para que aquella pelea con la madre llegue a adquirir tal significación, Vanina atravesó otras instancias e interacciones que contribuyeron a identificar este acontecimiento como *la salida del hogar*.

- **Cambio del horizonte espacial⁹: el pasaje a las calles del centro y la distancia del espacio familiar.**

Esta autonomía que experimenta Vanina se puso de manifiesto y a su vez se consolidó a través del progresivo alejamiento del espacio familiar y su circulación por el espacio urbano. Luego de la discusión con su madre, Vanina permaneció en un principio con su novio en las calles del barrio donde vivían (como en la mayor parte de los casos, lo que ella menciona como *Provincia* y que se refiere a los suburbios que constituyen el conurbano bonaerense). Más adelante, la búsqueda de recursos para la supervivencia la hizo instalarse junto con su novio en *las calles de “Capital”*. Este movimiento urbano, presente en la mayoría de las biografías de jóvenes en situación de calle, es propia de una lógica migratoria en el pasaje de los niños y jóvenes desde los barrios del conurbano hacia las calles del centro de la ciudad y su relación con los procesos de segregación espacial (Gentile, 2006, 2015; Pojomovsky, colab Gentile, Cillis, 2008). Vanina explica en otra parte de la entrevista que este pasaje se debe a que “*acá en Capital encontrás todo fácil*”, refiriéndose a la mayor facilidad para realizar tareas para la obtención de recursos de todo tipo, que incluyen tanto

9. Según desarrolla Michèle Leclerc-Olive, los horizontes espaciales, sociales y temporales constituyen los elementos utilizados por cada persona para elaborar el contexto donde sus historias personales se desarrollan. Un acontecimiento como «giro de la existencia» suele presentarse como un acontecimiento que cambia estos marcos de referencia de la experiencia. A propósito del horizonte espacial, la autora menciona que éste “condiciona la naturaleza de los proyectos posibles y la extensión de la red de solidaridad” que se despliega en ese espacio (Leclerc-Olive et al., 1998a: 33).

el “cartoneo” y mendicidad como la ayuda recibida a través del contacto con instituciones de asistencia (estatales, asociativas o religiosas), y alternativamente, la realización de actividades ilegales. Así, el pasaje de las calles de *Provincia* a las de *Capital* supone para Vanina la posibilidad de obtención autónoma de recursos que le permitan garantizar su subsistencia de manera independiente de los adultos de su familia. Esta distancia espacial se vuelve parte de la consolidación de un cambio de condición etaria, ya que “la autonomía del sujeto se hace palpable en la distancia espacial y temporal que logra en relación a otros sujetos (sobre todo si se trata de aquellos con los que establece relaciones de dependencia, ejemplo: madre, maestro).” (Chavez, Hernández, Cingolani, 2012: 19).

Por todo ello, este cambio de horizonte espacial constituye uno de los momentos compartidos por las distintas biografías para identificar, retrospectivamente, el “momento” *de la salida* y el comienzo de su relación con *la calle*. Para que *la salida* se constituya como inflexión en los cursos de vida, los adolescentes y jóvenes deberán instalarse y permanecer, por lo menos durante un tiempo, en *las calles del centro*, lo más cerca posible del lugar en donde estos recursos resultan más accesibles. Es por ello que las calles de *Provincia* son distintas a las de *Capital* y aún éstas no constituyen un territorio homogéneo o indiferenciado, sino que estos adolescentes y jóvenes suelen instalarse en los lugares de la ciudad en donde identifican una concentración particular de las oportunidades de obtención de recursos: estaciones de tren y/o buses (como también muestra García Silva, 2014), el *centro*¹⁰, o incluso la cercanía de alguna institución que provee recursos, como el propio Centro de Día. Ello resulta fundamental para hacer posible la supervivencia de manera independiente de los adultos de sus familias y el comienzo de una circulación autónoma por el espacio urbano.

10. En el caso de Buenos Aires, los recursos que provee el centro de la ciudad tienen que ver con la concentración de oficinas administrativas y bancos en esa zona, lo que produce durante el día una mayor circulación de personas que en el resto de la ciudad y la generación de residuos reciclables, en particular de papeles. Por la noche, la existencia de salas de espectáculos y restaurantes atrae una importante cantidad de gente y provee la oportunidad de obtener ingresos a través de la mendicidad y/o actividades de servicios informales (abrir puertas de taxi, limpiar vidrios, etc.).

- **Cambio de horizonte social¹¹: inmersión en un grupo de pares callejero y las jerarquías etarias.**

El cambio de horizonte geográfico implica también la inmersión progresiva en un nuevo mundo social, que aparece como un sostén relacional para tal pasaje. En el pequeño extracto del relato de Vanina aparece mencionado, como sucede en la mayor parte de las entrevistas, el encuentro con otrxs niñxs y jóvenes que ya conocen el territorio de las calles del centro como una instancia importante para que se concrete la experiencia que luego será significada como *salir de su casa*.

Estos niños y jóvenes que ya conocen el territorio funcionan como 'orientadores' en esta nueva situación aún incierta. La inmersión en *la calle* implica el contacto y/o la participación en una nueva trama de intercambios, solidaridad y protección, y la integración en un nuevo grupo de pares será parte fundamental en esta nueva sociabilidad. La inclusión en una trama tal toma distintas formas en las experiencias de los adolescentes y jóvenes que entrevistamos: a veces se trata de establecer un fuerte lazo de protección y amistad con otro niño/joven que presente mayor experiencia en *la calle* y que funciona como 'orientador' en esta nueva situación¹²; otras veces se trata de la participación en grupos más numerosos llamados *ranchadas*¹³ (aunque ambas formas no se presentaban como excluyentes). Se produce entonces el comienzo de un proceso de socialización en donde los pares (otros niños/jóvenes) cobran un lugar fundamental, sin el cual no alcanzarían a sobrevivir en las calles de la ciudad y su inserción en *la calle* se vería frustrada aún reconociendo motivos para *irse* del hogar.

La importancia del grupo de pares suele ser reconocida como un soporte propio del pasaje de la infancia a la juventud. Lo que interesa identi-

11. "El horizonte social (...) se trata del «mundo social» del que la persona participa a través de sus instancias decisivas y pertinentes y de sus redes de solidaridad e intercambio" (Leclerc-Olive, et al., 1998a : 33).

12. La importancia de los 'orientadores' para lograr sumergirse en *la calle*, refuerza la hipótesis de la relación de estas prácticas de niños y jóvenes de clases populares con las lógicas migratorias, en las que las cadenas interpersonales resultan fundamentales para explicar la posibilidad y el destino de las migraciones.

13. *Ranchada* es el nombre que los niños y jóvenes en situación de calle que entrevistamos utilizaban para designar indistintamente al grupo con el que convivían y al lugar físico que habitaban en el espacio público urbano.

ficar en estos cursos de vida es que ese grupo de pares propio del pasaje a un estatus juvenil se constituye alrededor de *la calle*, como espacio de sociabilidad principal (y no, como ocurre en otros grupos y clases sociales, en el espacio del club, en el marco del espacio escolar u otros espacios controlados por adultos). Ello da lugar a ciertas especificidades en la construcción de las jerarquías etarias. En efecto, ello fue señalado en investigaciones anteriores sobre chicos de la calle en otras ciudades de la Argentina (por ejemplo, Mateos, 2006, para el caso de la ciudad de San Juan), que identificaron en estas formas de sociabilidad callejeras un pasaje del “adultocentrismo” al “fratercentrismo”, en la que se opera un desplazamiento de la “guía y contención de los adultos a la de los compañeros (fraters) de la comunidad, coetáneos o ligeramente mayores, aunque sí siempre más experimentados que los aprendices o recién llegados” (Mateos, 2006: 174). Entre los adolescentes y jóvenes que entrevisté, vi también que la inmersión en la sociabilidad callejera suponía relaciones jerárquicas, basadas no tanto en las diferencias entre edades sino entre quienes tenían una mayor o menor experiencia y conocimiento de *la calle*, elementos que eran utilizados para categorizar y diferenciar a los *más grandes* de los *más chicos* o *pibitos*. Las diferenciaciones entre los *más grandes* y los *guachitos* están entonces más ligadas a las prácticas y sociabilidad callejera que a las diferencias de edades cronológicas (Gentile, 2015)¹⁴. La inmersión en *las calles* lleva así a que la dependencia de los adultos, concebida hegemónicamente como propia de quienes aún no lo son (niños y jóvenes), sea reemplazada por la dependencia del más experto conocedor de *la calle*, que no coincide necesariamente con un criterio cronológico de edad.

- **Contacto con instituciones¹⁵.**

Vanina identifica como última instancia fundamental para consagrar *la salida* del hogar y el ingreso a *la calle* el hecho de haberse puesto

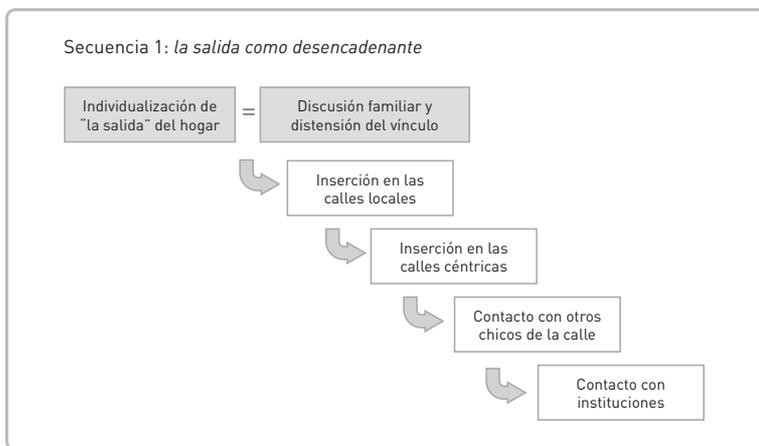
14. La construcción de las clasificaciones etarias que realizan niños y jóvenes alrededor de *la calle* fue objeto de mi tesis de Doctorado: las distinciones entre “bebés”, “guachitos”, “pibes” y “pibes grandes” (Gentile, 2015). García Silva (2014) también identificó la vigencia de categorías similares en su trabajo.

15. Leclerc-Olive explica que el horizonte social está compuesto por el conjunto de instancias de legitimación que son conocidas y reconocidas por la persona, pero sobre todo, que están habilitadas a sancionar sobre su vida. Esto comprende a las personas, pero también y fundamentalmente a las instituciones que son parte de su mundo social (Leclerc-Olive et al., 1998a: 33).

en contacto con una institución con la que se relacionó en tanto *chica de la calle* (en su caso, el mismo centro de día en donde la entrevisté). En el relato de los adolescentes y jóvenes apareció siempre el contacto con algunas instituciones, tanto las que brindan asistencia como las de control social (institutos o Policía), como una de las instancias que intervienen para reconocer *la salida* del hogar y su ingreso en *la calle*. El hecho de interactuar con instituciones que los reconocen como *chicos de la calle* opera como una sanción respecto de la situación en la que se encuentran. Las intervenciones institucionales constituyen entonces un elemento más del proceso de elaboración de *la salida del hogar* como punto de inflexión identificada con la inmersión en *la calle* y de las connotaciones etarias asociadas a ello.

En el Gráfico 1 presentamos los elementos centrales de la constitución de *la salida del hogar* como punto de inflexión y la manera en que Vanina los articula en una secuencia temporal. Esta secuencia constituye una manera típica de organizar los cursos de vida, en las que elementos asociados a la inmersión en *la calle* son desencadenados a partir del momento identificado con una discusión familiar. Secuencia que llamo “*la salida como desencadenante*” del ingreso a *la calle*.

GRÁFICO 1: “LA SALIDA” COMO DESENCADENANTE



Esta secuencia supone la finalización de una condición infantil comprometida con responsabilidades y obligaciones familiares y el pasaje a: un uso autónomo del cuerpo y la sexualidad y a la constitución de una pareja estable y familia propia; la circulación por el espacio urbano lejos del control de los adultos; la provisión autónoma de recursos para su supervivencia y la de su familia; y la inmersión en un grupo de pares en el marco de una *sociabilidad callejera* que tiene lugar tras la ruptura del vínculo con los adultos de la familia. Para Vanina, esto da lugar a la construcción de una familia autónoma como marcador de un pasaje a la adultez temprano, en sintonía con lo que identifican las investigaciones previas sobre el lugar de la constitución de una familia en el pasaje a la adultez en las clases populares (por ejemplo Torrado, 1996; Tonkonoff, 2007). Pero en su caso, este pasaje temprano a la adultez requirió de la salida a *la calle* para concretarse, lo que marca una especificidad respecto de las secuencias de vida identificadas entre otros jóvenes de clases populares.

II. Leo: Trayectorias alternantes entre la casa y *la calle*

El relato de Vanina, si bien permite identificar los cuatro momentos nodales a través de los cuales se constituye la salida del hogar como acontecimiento, podría llevar a comprender la inserción en *la calle* como producto de la ruptura del vínculo con las familias. Sin embargo, en la mayor parte de las biografías de los chicos y chicas entrevistados/as la identificación de un momento en que *salen de su casa* no se traducían en la interrupción de relaciones con el espacio familiar y los recorridos aparecían como alternantes y reversibles¹⁶.

El caso de Leo ayuda a comprender esta secuencia mayoritaria del ordenamiento de los cursos de vida en este grupo. Leo (16 años) comenzó sus experiencias en *la calle* desde muy chico, junto con sus hermanos. Entonces constituía un caso típico de lo que la literatura identifica como chico *en la calle*: diariamente realizaba tareas para obtener ingresos en los espacios públicos del centro de la ciudad y luego volvía

16. El 71% de los chicos y chicas que vivían en las calles y asistían al centro de día, mantenían el contacto con sus familias más allá de la antigüedad en *la calle* (Gentile, 2006, 2015; Pojomovsky, Cillis, Gentile, 2008).

con sus hermanos a dormir a su casa en el conurbano bonaerense, aportando lo obtenido al presupuesto familiar.

En estos primeros tiempos y aún viviendo en su casa pasó por varias de las instancias/elementos señalados: conoció las *calles de la Capital* y empezó a formar parte de la *ranchada de Florida*, junto a sus hermanos y otros niños y jóvenes en situación de calle con más experiencia. También en *la calle* desplegó desde sus primeros años múltiples actividades para la obtención de ingresos, pero tanto su realización como el destino de los recursos obtenidos eran parte de una estrategia colectiva familiar de supervivencia. Por ello, el comienzo de su participación en *la calle* no aparece para él como consecuencia de una ruptura con el espacio del hogar, sino por el contrario, como parte de las obligaciones y responsabilidades con su familia. En su curso de vida podemos ver, por ejemplo, que el inicio de las actividades de generación de ingresos que lo lleva a *la calle* no marca necesariamente el fin de la infancia y/o un pasaje rápido a la adultez (como interpretan otras investigaciones en la experiencia de los niños que trabajan, por ejemplo Macri, 2005), sino que su experiencia infantil se constituye como la del hijo-proveedor, un tipo de rol infantil que desplegaron la mayor parte de los varones que entrevisté, mientras que gran parte de las mujeres desempeñaron, como vimos con Vanina, el rol de hija-ama de casa-cuidadora.

Pero poco a poco, en este espacio social Leo comienza a identificar ciertas experiencias y recursos que le brindan la posibilidad de realizar prácticas y consumos personales con independencia de la red familiar. En sus relatos hace referencia a dos cuestiones que se revelarán también en el resto de los/as adolescentes y jóvenes como fundamentales: “*en la calle puedo tener mi plata*”, y “*puedo drogarme cuando quiero y sin que me vean*”. Alrededor del comienzo del uso de ambos recursos (dinero y drogas) fuera del control de los adultos de su hogar es que se producen, a sus 12 años, conflictos con la autoridad ejercida por sus padres que derivan en la *salida del hogar*.

L: —[en la calle] *puedo hacer lo que yo quiero, puedo tener mi plata. No tener que mantener a nadie...*

E: —*No tener que mantener a nadie? Por qué, si no...?*

L: —*Porque si no... mi vieja no tiene plata, y bueno... Mi viejo no le quiere pasar plata. Eso.*

[y más adelante]

E: —Y vos no querés darle más [plata] a tus viejos, me decías. Por qué?

L: —Porque no. Prefiero tener mi plata, y “escabiar” con mi plata, antes que darles para que “escabien” ellos.

En este caso el conflicto con los padres se genera como consecuencia de haber ya experimentado algunas instancias/prácticas de la participación en *la calle*. Pero aquí se pone de manifiesto la asociación entre el uso de este espacio como sostén de un pasaje biográfico a una condición juvenil y los conflictos generacionales: mientras la participación en *la calle* hizo posible desempeñar el rol de hijo-proveedor, con una infancia inmersa en obligaciones y responsabilidades familiares, no entraba en conflicto con la autoridad y control de los adultos. Por el contrario, cuando Leo utiliza los recursos de *la calle* para comenzar a ejercer un uso autónomo del dinero y definir prácticas y consumos personales, asociadas también a decisiones sobre su cuerpo (el uso de drogas “*sin que me vean*”), tiene lugar un conflicto intergeneracional en su hogar. Es entonces cuando se producen las discusiones que identifica como motivo para la *salida*. Pero para poder hacer efectiva *la salida* como tal, explica Leo, en un principio tuvo que cambiar de *ranchada*, ya que en la de *Florida* participaban sus hermanos, por lo que sus padres podían encontrarlo y llevarlo de nuevo a su casa.

E: —Y cuando te fuiste de tu casa, ¿por qué te fuiste?

L: —Porque me llevaba mal con mi viejo y mi vieja.

E: —¿Discutían?

L: —Sí. Yo me escapaba, después me iban a buscar, me escapaba otra vez, me iban a buscar, a los 5 minutos me escapaba otra vez...

La salida, entonces, sólo pudo concretarse después que Leo realizara un nuevo desplazamiento urbano y cambio de horizonte espacial que le permitiera alejarse del control de aquellos con quienes tenía relaciones de dependencia, lo que le permitió conocer a chicos y chicas de otra *ranchada* (la de *Retiro*) e instalarse con ellos. Su integración en este nuevo grupo de pares, entre los que no había nadie de su familia, supuso un cambio de horizonte social y como tal, constituyó un soporte necesario para definir *la salida* del hogar como pasaje etario y marcador biográfico. De esta manera, Leo asocia tal *salida* con el fin de una infan-

cia plena de responsabilidades de provisión familiar. Pero en términos del ordenamiento de su curso de vida y los roles etarios, no se inauguró entonces una etapa de ruptura definitiva con su familia de origen ni tuvo lugar una definitiva emancipación de la tutela familiar, ya que Leo cuenta que nunca dejó de tener contacto con sus padres y aún entonces volvía a su casa cada vez que quería bañarse. Tampoco la *salida a la calle* supone para él, como sucede con Vanina, la condición para constituir una familia propia ni una inserción en un empleo, que asocie la experiencia callejera con un pasaje temprano a la adultez. Por el contrario, para él se trata de la posibilidad de alejarse de las responsabilidades familiares, tanto las de origen como las de una familia propia, y experimentar las actividades y entretenimientos que asocia con una sociabilidad callejera juvenil o una *condición juvenil callejera*.

Al poco tiempo conoce el Centro de día donde lo encontré, a través del cual consigue ingresar a un Hogar convivencial¹⁷ en el que se queda a vivir durante dos años. Desde allí, Leo retoma la asistencia a la escuela y su curso de vida parece acercarse a una condición juvenil hegemónica, normativamente asociada a la condición de “alumno” (Chaves, 2006). También desde allí retoma el contacto regular y semanal con su familia: los visitaba todos los sábados. Pero después de dos años de vivir en el Hogar, Leo se fuga y vuelve a *la calle*, a la ranchada de Florida, donde se encontró nuevamente con sus hermanos y amigos. Abandona entonces la escuela, pero ni entonces ni en la actualidad, estar en *la calle* le impidió mantener el contacto regular con su familia.

E: —Y tu familia? Me decías que cuando estabas en el hogar la veías. Y ahora? Tenés contacto o no?

L: —Sí, los sábados.

E: —Sí? Pero no todos...

L: —Sí, todos!!

E: —Sí? Te seguís yendo los sábados para allá? Y después te volvéis a la calle?

L: —Los domingos, vuelvo.

17. Se denomina ‘Hogar de convivencia’ a aquellas instituciones en donde viven niños y jóvenes considerados en situación de riesgo, que son derivados a ellas a través de los distintos dispositivos asistenciales o judiciales; suelen contener un grupo relativamente pequeño de niños conviviendo, intentando reproducir la lógica de la convivencia familiar.

E: —Por qué, no te dan ganas de quedarte?

L: —En mi casa? No!!

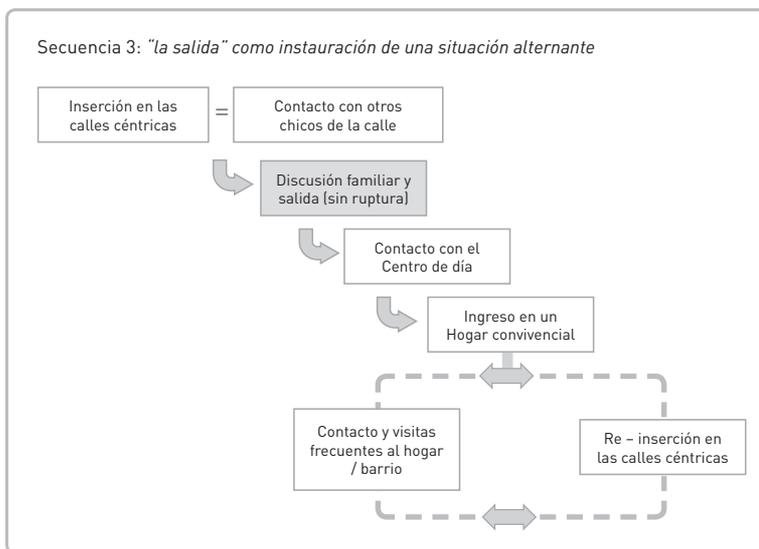
E: —Y para qué vas?

L: —Para visitar a los pibes de mi barrio. Para jugar a la pelota allá. Para saltar la noche. Porque acá en Capital a la noche es re-aburrido, los sábados.

Como último dato resulta interesante señalar que mientras vivía con su familia de origen Leo había abandonado la escuela. Fue en su estadía en el Hogar convivencial donde recobró la condición de “alumno” asociada a una condición juvenil hegemónica-normativa y aunque al retornar a *la calle* volvió a abandonar la escuela, cuando lo encontré en el Centro de día participaba allí de un programa de inclusión educativa donde continuaba su escolarización formal. Esto sugiere dos cuestiones. La primera, es que fue a partir de *la salida* del hogar y de su inmersión en *la calle* que Leo pudo retomar el rol de joven-alumno, que no podía desempeñar viviendo con su familia. La segunda es que el relato biográfico de Leo permite ilustrar un curso de vida constituido como alternante y con pasajes reversibles, de múltiples salidas y entradas a distintas condiciones etarias (normativas y callejeras), en función de entradas y salidas a la calle, la familia, la escuela y las instituciones de asistencia.

En este sentido, a diferencia de las secuencias con las que los otros relatos ordenaban los tiempos y espacios de sus cursos de vida, con *la salida* del hogar se instala en el curso de vida de Leo un recorrido de alternancia permanente entre la participación en los espacios de *la calle*, la casa y las instituciones (ver Gráfico 3). La distinción entre situaciones “de” y “en” la calle no parece aquí pertinente, ni tampoco la concepción de un alejamiento progresivo del hogar familiar. Si este alejamiento se produce, sólo constituye un momento dentro de un curso de vida en el que el espacio familiar, el callejero y el institucional se alternan permanentemente, y que no permite anticipar la direccionalidad de la trayectoria en el futuro.

GRÁFICO 2: “LA SALIDA” COMO INSTAURACIÓN DE LA ALTERNANCIA



A través de la secuencia del curso de vida de Leo podemos ver que el sentido etario asociado a la salida del hogar y la inmersión en *la calle* no se presentan necesariamente como momentos vitales sucesivos, ni tampoco representa aquí un pasaje temprano a la adultez. Por el contrario, *la calle* hace posible para él una cierta experiencia particular de la “moratoria social” (Erikson, 1971; Marguilis, Urresti, 1996) con que se asocia hegemónicamente la condición juvenil, alejada tanto de las obligaciones familiares propias de su rol de hijo-proveedor que desempeñó en su infancia como de la conformación de una familia propia. En su caso, se trata de una experiencia juvenil en los márgenes, asociada a los recursos que le brinda *la calle*: especialmente la obtención y uso autónomo del dinero, formas de entretenimiento, el uso de drogas y la posibilidad de decidir la movilidad por el espacio urbano sin estar bajo el control de los adultos; todo ello sostenido por su inmersión en un grupo de pares callejero. Pero aún más: en su caso *estar en la calle* no se presenta necesariamente como un alejamiento de los cursos de vida estipulados normativamente y sus roles etarios asociados, ya que *la salida* del hogar le permitió también acercarse, al menos de manera

intermitente y marginal, al rol hegemónico asociado con la condición de joven, el rol de alumno.

2. Epílogo: La organización de los cursos de vida de adolescentes y jóvenes que viven en las calles

Al indagar sobre los inicios de la participación en *la calle*, los/las adolescentes y jóvenes en situación de calle que encontré en el Centro de día construían un relato en el que individualizaban un momento como la *salida del hogar* que actuaba como acontecimiento capaz de marcar un “punto de inflexión” (Leclerc-Olive, 1998) en sus vidas. El uso de las herramientas que brindan los análisis de la experiencia biográfica permitió desmembrar esta mención de un momento único en múltiples procesos e interacciones en su elaboración como tal. Analizar la inmersión en *las calles* como las “primeras veces” (Bozon, 2002) en determinadas relaciones y espacios de sociabilidad, en la realización de prácticas y en el uso de significados asociados con este espacio social, visibilizaron el uso de este espacio como parte de la construcción y disputa por las clasificaciones etarias y la organización de los cursos de vida como una de las dimensiones menos exploradas de la desigualdad experimentada por las nuevas generaciones de los márgenes del AMBA.

Al indagar los sentidos y características de la relación de los/las adolescentes y jóvenes con *la calle*, el análisis permite revisar críticamente algunos supuestos importantes de las explicaciones más extendidas sobre el tema. Por un lado, discutir con las interpretaciones que identifican los motivos enunciados para *irse* de su hogar con las causas para *estar en la calle*. Estas explicaciones dan lugar a visiones reduccionistas y moralistas, muy centradas en las situaciones de violencia familiar (como lo señala Luchini, 1993) como causa de la vida en las calles. Es cierto que las situaciones de conflicto con los adultos del hogar, que a veces alcanzan grados de violencia, están presentes en la mayor parte de las historias de los entrevistados. Sin embargo, las interpretaciones que las señalan como causas, al tomar el relato de *la salida* de una manera descriptiva y no como una elaboración por parte de los actores, invisibilizan las múltiples dimensiones que implica la relación con este espacio y los diversos procesos necesarios, estructurales y relacionales, para que

efectivamente se produzca la participación de niños y jóvenes en este espacio social.

Ligado a ello, la segunda interpretación extendida de la relación con *la calle* comprende a la participación en la familia de origen y en *la calle* como una transición entre momentos vitales sucesivos y espacios excluyentes, y por lo tanto la entrada en *la calle* supondría siempre la ruptura o inexistencia de lazos familiares. Y viceversa, que para sacar a niños/as y jóvenes de *la calle* bastaría con reubicarlos en los espacios socialmente destinados a su presencia socialmente legítima: la escuela y la familia. Pero, como mostraron gran parte de los adolescentes y jóvenes entrevistados, *la salida* del hogar y la participación en *la calle* pueden conformar recorridos de alternancia y no suponer necesariamente la ruptura de las relaciones con esos espacios sociales. Es decir: ni se *van a la calle* porque no tienen familia, ni estar con su familia les impide participar de *la calle*; y también puede ocurrir, como en el caso de Leo, que la salida a *la calle* permita retomar la asistencia a la escuela, que no podía realizar desde su hogar familiar.

Otros trabajos ya han realizado una crítica a esta interpretación de momentos-espacios excluyentes, señalando que el ingreso a *la calle* no sucede en un momento único sino que se trata de un proceso de alejamiento progresivo o incluso, de trayectorias alternantes entre la calle y el hogar (Lucchini, 1993; Litichever, 2009; García Silva, 2014). El análisis que aquí se realiza coincide con estos trabajos en la importancia de reponer tales procesos. Pero al mismo tiempo, desde el interés por comprender la perspectiva de los propios adolescentes y jóvenes, no se puede soslayar el hecho de que sean ellos/as mismos quienes presentan a *la salida* del hogar como una inflexión, un cambio de situación en sus recorridos vitales. Entonces surge un interrogante: si los propios adolescentes y jóvenes hacen referencia a la relación con *la calle* como producto de un punto de inflexión en sus vidas, y éste no refiere necesariamente a la ruptura de lazos familiares que marque una transición entre el espacio familiar y el espacio de la calle ¿a qué remite tal pasaje o inflexión? Es aquí donde aparece la relación entre *la calle* y la organización de los ciclos de vida en los adolescentes y jóvenes de los márgenes.

Las distintas biografías presentadas ilustran diferentes experiencias temporales en relación a la participación en *la calle*. Vanina (19 años, presentada en la secuencia 1, hace una explícita referencia a un cambio

en sus relaciones inter-generacionales con los adultos de la familia: el comienzo de su participación en *la calle* como el *pasaje* de estar comprometida en las redes de intercambios y obligaciones de su familia de origen, a poder manejarse con mayor autonomía de los adultos en lo referido a la práctica de su sexualidad y elección de su pareja contra la negativa de su madre, y también con la posibilidad de conformar una familia propia (en el momento de la entrevista, tenía dos hijos y vivía con ellos y su novio en un hotel). En sus términos: “yo vivía muy encerrada en mi casa, cuidando a mis hermanos, y viviendo para mis hermanos, nada más (...) Y yo, por haberme ido de mi casa y estar en la calle hice mi vida, tengo mi familia...”. En su caso, la conformación temprana de una familia propia da lugar a un rápido pasaje a la adultez, característica tradicional de los ciclos de vida en las clases populares (Torrado, 1996; Tonkonoff, 2007), con la particularidad que para operar tal pasaje se requiere de la inmersión en *la calle*.

Leo (16 años, presentado en la secuencia 2, también expresa un cambio en las relaciones inter-generacionales, que en este caso le permite retirarse de las obligaciones y responsabilidades familiares y dejar de aportar dinero al presupuesto familiar, para hacerse un espacio de prácticas y consumos personales y participar de un nuevo grupo de pares. La calle hace posible para él una experiencia juvenil específica, de la que menciona como características la obtención (a través de múltiples fuentes) y uso autónomo del dinero, y el consumo de drogas lejos del control familiar. En su caso, *la salida* del hogar y la inmersión en *la calle* dan cuenta de la inauguración de un momento que lo acercan tanto a una experiencia juvenil callejera como, de manera marginal, a elementos de una condición juvenil más extendidos en las clases medias y altas, como la experiencia de cierta “moratoria social” (en los márgenes de la familia y el empleo) y el acercamiento a la condición de “alumno”.

La participación en *la calle* de estos/as adolescentes y jóvenes presentó múltiples dimensiones y heterogéneas formas de relación. A su vez, estas múltiples formas de participación se tornan conflictos generacionales con los adultos de la familia, cuando son utilizadas por chicos y chicas como soportes para el logro de una cierta autonomía del control y autoridad de los adultos del hogar. Repasemos estas diferentes dimensiones.

Entre las múltiples dimensiones de la relación con *la calle* mencionan la posibilidad de cierta independencia económica, ya que allí despliegan prácticas (legales, ilegales e informales) que posibilitan la obtención de

recursos económicos, una forma de vincularse de manera intersticial al mercado de trabajo urbano y como resultado el comienzo del uso autónomo del dinero, que permite consumos personales y la supervivencia de manera independiente de los adultos de la familia. Tiene también una dimensión social, que refiere a la integración en una trama específica de relaciones personales entre las que cobra relevancia el grupo de pares del espacio callejero, que a diferencia de lo que ocurre en otros ámbitos (la escuela, un club) no se despliega bajo el control de adultos sino que organiza sus jerarquías en función de la experiencia callejera específica. La dimensión social de la inserción en *la calle* supone también nuevas interacciones con instituciones como la Policía y/o las de asistencia para “chicos de la calle”.

La participación en este mundo social presenta también una dimensión espacial y urbana, ya que *estar en la calle* hace posible un tipo de circulación y desplazamiento hacia lugares distantes del control familiar, consolidando una práctica espacial constitutiva de las diferencias etarias. Circulación urbana que está asociada también a los procesos de segregación socio-espacial, ya que el reconocimiento de *la salida* aparece tras producirse un pasaje entre las calles de los barrios periféricos a las calles del centro de la ciudad, generalmente a partir de la búsqueda de aquellos recursos que están desigualmente distribuidos en el espacio urbano (recursos económicos, institucionales, de esparcimiento, etc). La referencia a *la calle* habla también de una dimensión de prácticas socio-culturales específicas, como prácticas de esparcimiento, ocio y consumos personales específicos (entre los que mencionan, por ejemplo, el consumo de drogas). Aparece también una dimensión moral, al referirse a criterios de relación y de legitimación reconocidos como válidos en *la calle* y que muchas veces (aunque no siempre) se presentan como opuestos a los válidos en el hogar familiar (como por ejemplo, los que regulan usos específicos del cuerpo, como la práctica autónoma de la sexualidad – señalada con mayor énfasis entre las chicas– o la fuerza física como modalidad de relación, que se desarrollará en los siguientes capítulos). Alrededor de ellos se producen y manifiestan también las diferencias y conflictos generacionales. Por último, *la calle* presenta una dimensión emotiva, cuando mencionan sentimientos de autonomía y de libertad, pero también, de temor, abandono o peligrosidad, asociados a esta experiencia.

Estos recursos brindan elementos heterogéneos para el ejercicio de cierta autonomía y hacen posibles transiciones y pasajes etarios que or-

ganizan los cursos de vida en los márgenes de la familia, la escuela, el empleo. Sin embargo, los soportes que provee para estos pasajes no dan lugar a estatus irreversibles ni estables en el tiempo y por ende estas transiciones no tienen el peso de los “ritos de paso” propios de cursos de vida en condiciones de mayor estabilidad social (Bessin, 2002). En discusión con los trabajos sobre las edades de la vida, esto muestra que la socialización y los cursos de vida no pueden representarse —al menos en este grupo de chicos y chicas en condiciones de marginalidad sociourbana— como una “sucesión de etapas” unilineal y monocrónica. Y que estos/as niños/as y jóvenes realizan una selección de los elementos que brinda *la calle* para reelaborar y producir sentidos, experiencias y organizar sus cursos de vida, en articulación y disputa con los estipulados institucionalmente como parte de la política de las edades (Percherond, 1991).

Los distintos relatos biográficos, como vimos, organizan en distintas secuencias temporales *la calle* y los cursos de vida. En algunos casos se trata de un pasaje acelerado al estatus de adulto, pero que a diferencia de otros cursos de vida u otras épocas de las clases populares, requiere de la inmersión en *la calle* para concretarse. En otros, como en el caso de Leo, la inmersión en *la calle* hace posible formas específicas de experiencias juveniles en los márgenes, pero también acercamientos marginales e inestables a roles hegemónicamente asociados a la condición juvenil (alumno). Lo que muestra que la articulación entre *calle* y el devenir de los cursos de vida no responde necesariamente a una secuencia temporal de progresiva distancia de los ordenamientos previstos normativamente de los cursos de vida. Tampoco supone en todos los casos la aceleración de los cursos de vida y un rápido pasaje a la adultez (como identifica para los jóvenes pobres Torrado, 1996). Sino que puede dar lugar a una experiencia temporal similar a la que identifica Feixa (2003) en las sociedades posindustriales, caracterizada por pasajes etarios no unívocos y un constante tránsito e intercambio entre distintos esquemas temporales, cada uno con sus roles y estatus etarios. Que, como señala Padawer (2010), muestra recorridos vitales que no remiten necesariamente a una “sucesión de etapas” ni a un proceso de socialización como un desarrollo temporal lineal y monocrónico.

Biografías callejeras 2: la calle en lxs jóvenes de un barrio segregado

En este capítulo se presenta la biografía de Kevin (16 años), para quien al igual que muchos de los y las jóvenes que entrevisté en un barrio segregado del conurbano, *la calle* ocupa un lugar central en su biografía. La centralidad de *la calle* en la socialización de estos jóvenes resulta menos evidente que en las biografías de aquellos que están “en situación de calle”. Justamente por el hecho de perder su evidencia, su biografía resulta aún más ilustrativa de los usos de la calle como organizadora de los cursos de vida en los márgenes y la manera en que se imbrica con las múltiples dimensiones de la desigualdad social: las relaciones de género, de clase y la segregación socio-urbana del AMBA.

Esta entrevista biográfica fue producida en el marco de un trabajo etnográfico en un barrio del primer cordón del conurbano bonaerense caracterizado por la relegación urbana, la segregación social y la estigmatización mediática y policial que lo identifica como paradigma de la violencia urbana y el delito: el conocido bajo el apodo mediático de Fuerte Apache¹⁸. Allí me acerqué entre fines del 2006 y mediados del 2007

18. El Barrio Ejército de los Andes (apodado como Fuerte Apache, en alusión a la película estadounidense, por un periodista en los años 80) es un barrio ubicado en el Partido de Tres de Febrero, primer cordón del conurbano bonaerense. Delimitado por un complejo de viviendas públicas/monoblocks, construidos mayoritariamente durante los años 70 para reubicar parte de la población de una de las villas miserias más grandes de la Ciudad de Buenos Aires. Según los últimos datos oficiales, en él viven 3.299 familias (DPE, 2007). Asociado permanentemente a la realización de actividades delictivas, este barrio funciona como un elemento estigmatizante para sus habitantes, quienes (en especial los jóvenes) deben enfrentar diariamente el trato discriminatorio a partir de la sola mención de su lugar

con un grupo de investigadores/as para relevar las condiciones de vida de sus habitantes. Las entrevistas y observaciones que realicé entonces corresponden a un momento posterior que las del capítulo anterior, en relación con la situación socio-económica del país que despuntaba ciertos indicios de recuperación y recomposición del mercado de trabajo y de los niveles de consumo populares. Al mismo tiempo crecían los niveles de preocupación social por la “inseguridad” y la identificación de la figura de los jóvenes de barrios populares como los principales causantes (Kessler, 2012).

Si elegí presentar su biografía en este libro no es para señalarla como homóloga a la de otros/as adolescentes y jóvenes de barrios segregados del conurbano bonaerense, sino porque su curso de vida pone en evidencia, mejor que otros, la heterogeneidad y complejidad de las articulaciones entre calle, edad, género y segregación socio-urbana como dimensión específica de la desigualdad social en las nuevas generaciones.

1. Kevin – Experiencias biográficas de la joda de la calle

La casa de Kevin se encontraba en una de las deterioradas *tiras* características del barrio y próxima al límite entre este barrio y otros más integrados al tejido urbano. Se ubicaba claramente en una zona de “frontera”: los carteros dejaban la correspondencia en el kiosquito de enfrente de su casa y así evitaban adentrarse en el barrio, y a unos pasos de éste se había instalado, desde hacía algunos años, una garita de Gendarmería que custodiaba el ingreso y egreso al barrio y así daba “seguridad” a los vecinos de los alrededores.

Por ellos pasa la bronca de los pibes [los presenta Kevin]. Por ahí capaz que vos te los cruzás de día y te piden agua, re buenitos... y a la noche te cagan a palos. Y con los “federales” también, hay una re bronca, los pibes acá les hacen la re guerra. (...) Yo creo que tienen que dar trabajo antes de darle trabajo a la policía, qué sé yo. Yo pienso que si hay menos policías y más trabajo, ya está.

de residencia en sus interacciones cotidianas con personas de otros barrios, con las instituciones (en especial, las fuerzas públicas) y con los medios de comunicación.

Al dar su visión de la relación con las fuerzas de seguridad presentes en este territorio, Kevin presenta un conflicto generacional específico del barrio: valorada por la mayoría de sus habitantes adultos por lograr cierta regulación de los conflictos internos, la presencia de gendarmes era una fuente de tensión y confrontación constante con los más jóvenes.

En ese momento (2006/2007) Kevin tenía 16 años. Desde que nació en 1990 vivía con su abuela, a la que llamaba *mamá* por haberlo criado desde su nacimiento, cuando su madre murió (a los días de haber nacido) y su padre abandonó el hogar para constituir una nueva familia en otro barrio. Desde el inicio del relato, sus experiencias tensionaban los ordenamientos normativos entre las generaciones. Su abuela-madre, chaqueña de origen, era “manzanera” (responsable de un plan social en la “manzana” o cuadrícula de su casa) y al momento de presentarla Kevin aclara que al igual que el resto de las mujeres de la familia, ella “*nunca trabajó*”, haciendo alusión a que no realizaban tareas pagas en el mercado de trabajo. En cambio, afirma, las mujeres de la familia se dedicaron a “*rebuscárselas*”, ocupándose mayormente del cuidado del hogar y alternando con inserciones en empleos temporales como empleadas domésticas y la obtención de recursos de fuentes institucionales, como en ese momento en su función de manzanera. Por el contrario, su abuelo (al que él llama *mi viejo*) “*como todos los varones de la familia, se tuvo que arreglar a lo duro*”. Con esta frase Kevin refiere a la asunción del rol tradicional de varón adulto como proveedor de los ingresos monetarios del hogar, alternando para ello entre un trabajo (legal) de mecánico y la realización de delitos que lo llevaron dos veces a la cárcel (aún estaba en prisión en el momento de la realización del campo). De esta manera, Kevin enmarca su propio despliegue de actividades legales e ilegales y su identificación como *duro* en la adscripción a la tradición familiar de roles masculinos y usos del cuerpo basados en *el aguante*¹⁹.

19. Este tipo de masculinidad asocia la virilidad y *dureza* corporal con la realización de múltiples habilidades y prácticas: el ejercicio de un trabajo pesado, la resistencia al consumo de drogas y alcohol, la participación en peleas (como en Alabarces y Garriga Zucal, 2008: 280) y/o la disposición para realizar actividades ilegales (como en Miguez, 2002). Pero tal *dureza* no se refería únicamente a una condición física sino también moral (como encuentran Miguez, Semán, 2006: 30), en este caso identificada con estar dispuesto a “aguantarse” la posibilidad de la cárcel como consecuencia del desempeño del rol de adulto hombre asociado a la provisión.

Kevin cuenta que despliega todo tipo de actividades económicas desde muy pequeño: con 16 años, puede enumerar una gran cantidad de actividades (legales, informales e ilegales) para la obtención de ingresos, que realizó desde edades tempranas y que alejan su experiencia de una infancia o juventud “no productiva” (Chaves, 2005), más propia de las clases medias y altas, para acercarla a una infancia y juventud “proveedora” del hogar que como vimos resulta extendida en los márgenes sociourbanos. Para obtener recursos económicos y aportar al presupuesto familiar, menciona realizar actividades como la mendicidad desde los 8 años, carga de cajas de frutas y verduras en el mercado central, ayudante de mozo, limpia-vidrios, repartidor de mercancías en negocios, ayudante de sodero, todas actividades laborales informales, sin ningún tipo de protección social y de un muy bajo nivel de ingresos. Las que alternó con actividades ilegales o semi-legales, como la realización de pequeños robos, la venta callejera de CDs y DVDs copiados ilegalmente, el canje de billetes falsos que compra en el barrio a un precio menor del nominal para cambiarlos en el mercado y quedarse con la diferencia. La mayor parte de estas actividades las realizó en *la calle*.

En un contexto de recuperación del mercado de trabajo como fue cuando lo encontré, Kevin reconoce que si bien atravesó períodos de desempleo (y al momento de la entrevista se auto-define como “*desempleado*”), su experiencia no es la de la dificultad para obtener recursos monetarios, sino la de múltiples fuentes de obtención de ingresos, todas equivalentes en su intermitencia, precariedad y legitimidad. Para alternarlas, Kevin adscribe a los principios morales de la “lógica del cazador” (Merklen, 2005) y la “lógica de la provisión” (Kessler, 2004), que le hacen posible obtener ingresos sin detenerse en la legalidad o ilegalidad de su origen; rasgo señalado como una característica generacional entre los jóvenes de clases populares del AMBA, que separan el origen de obtención de ingresos de su empleo como fuente de legitimidad (Kessler, Merklen, 2013). “*Ni se te ocurre la cantidad de formas que hay aquí en el barrio para tener plata*”, concluye. Por el contrario, la mayor dificultad y aspiración máxima es la de tener “*un trabajo en blanco*” o un “*trabajo digno*”, con lo que hace referencia al logro de una posición estable y protegida en el mercado de trabajo en el futuro, que implique menos riesgos que las actividades que actualmente despliega bajo la lógica de la provisión.

Para Kevin, entonces, no es tanto la realización o no de actividades para la obtención de recursos lo que permite distinguir entre infancia,

juventud y adultez como distintas etapas del ciclo vital (ya que las realiza desde edades tempranas), sino que cobra más relevancia las modalidades de esas actividades. Ya que el acceso a un “*trabajo en blanco*” o “*trabajo digno*” sigue apareciendo, al menos como aspiración, como un “umbral de edad” propio del pasaje a la adultez. Lo que supone la existencia de cierta memoria transmitida de derechos laborales menos presente en las investigaciones realizadas en períodos de plena crisis económica (Kessler, 2004), pero también, una cierta memoria transmitida de los modos de organización de los ciclos de vida en generaciones anteriores de clases populares urbanas, que tradicionalmente asociaban el acceso a una actividad laboral estable con el pasaje a la adultez (Mauger, 1995; Tonkonoff, 2007). Podría pensarse en esta memoria transmitida como una suerte de “reserva de experiencias etarias”, jugando con el concepto de Schutz (1987) para referirse a los conocimientos transmitidos entre generaciones que funcionan como esquemas de referencia para los sujetos (Schutz, 1987: 12). En este caso para organizar sus cursos de vida, dado que la aspiración a un trabajo estable sigue apareciendo como expectativa propia del pasaje a la adultez.

Pero más allá de su aspiración, conseguir esta inserción estable sigue siendo muy difícil aún en épocas de reactivación económica, ya que los efectos de la segregación espacial y la consecuente discriminación que sufren los jóvenes de los márgenes señalan la complejidad de las nuevas formas de desigualdad y exclusión social que se perpetúan (Kessler, 2010) y son particularmente estigmatizantes en este barrio: *“cuando decís que sos del barrio, ya no te llaman nunca más. Por eso todos se cambian la dirección del documento”*, explica Kevin. Las consecuencias se hacen visibles entonces en la organización de los cursos de vida: por un lado, la dificultad para realizar tal pasaje a la adultez que impele a mantenerse “socialmente jóvenes” aún con el paso de los años (Tonkonoff, 2007); por el otro, implica el debilitamiento de la adultez como “edad de referencia” (Tavoillot, 2011), lo que da lugar a reorganizaciones de los cursos de vida y las edades en los márgenes.

Estas “reservas de experiencias etarias” como parámetros orientadores de la experiencia vuelven a ponerse en evidencia cuando Kevin contrasta las características de su curso de vida con el recorrido vital de su hermano. Ambos fueron separados frente a la muerte de la madre y el abandono del padre como estrategia familiar para asumir su crianza, y a diferencia de Kevin, su hermano creció con sus tíos en un

barrio de clases populares con condiciones más estables de inserción laboral, social y urbana. “*No tenemos nada que ver, puede ser porque nos criamos en lugares distintos y por eso tenemos pensamientos distintos. Como que él ‘salió bien’, y yo soy la oveja negra*” me cuenta. Así asume su recorrido vital como un “desvío” moral de un curso normativo encarnado en la vida de su hermano. Para ilustrar estos diferentes recorridos vitales, Kevin ejemplifica que su hermano “*él no trabaja. A él [a diferencia suya] le dan plata*” y el criterio que utiliza no es arbitrario, sino que refiere a dos modalidades de ordenamiento de los ciclos de vida y relación entre las edades: la del hermano, con la posibilidad de vivir una condición juvenil de “moratoria social” (Erikson, 1971; Marguilis, Urresti, 1996) gracias a una relación de dependencia económica con los adultos y su propia experiencia de una infancia y juventud proveedora.

Es interesante que ante la distancia de su propia experiencia con el recorrido vital normativo encarnado por el hermano, Kevin asuma una presentación de sí negativizada, entendiendo su diferente curso de vida y relación entre edades como una falencia personal (“*yo soy la oveja negra*”). Al menos en su presentación frente a mí (mujer adulta joven, de clase media urbana y universitaria), este contraste no aparecía como una oposición reivindicada, sino por el contrario, generando efectos negativos en su autoestima y en su dignidad personal. Lo que fue señalado como un efecto subjetivo propio de la experiencia de la desigualdad y de la subordinación social y cultural (Miguez, Semán, 2006: 21), que en este caso surgía del contraste entre el recorrido vital de su hermano (considerado acorde al ordenamiento normativo de los cursos de vida y de las edades) y el suyo.

En este recorrido vital diferente al del hermano, el “desvío” que dio lugar a la identidad de *oveja negra* tenía una fecha de inicio marcada en su calendario personal: el comienzo de su participación en *la calle* (de la que su hermano nunca participó). Distinguiendo un punto de inflexión en su curso de vida (Leclerc-Olive, 1998), su identidad actual de *oveja negra* contrasta con una situación anterior donde “*todo era color de rosa*” y que él relaciona claramente con su infancia:

“Cuando era chico iba al colegio, iba a jugar todo el día, era todo divertido, todo alegría (...) Era feliz. Jugaba al Sega, a la bolita, a cartas, figuritas con amigos, primos, vecinos. Jugábamos todos. Era como decirte un parque de diversiones”.

Kevin recupera aquí los atributos asociados hegemonícamente al estatus de una infancia “ingenua”, “alegre” y “despreocupada” (Cohn, 2005). Más allá de que también cuente que su experiencia fue la de una infancia proveedora y que ya realizaba prácticas que identificará con *la calle*, esta construcción le permite ordenar su curso de vida identificando una *época rosada* como momento previo que culmina con su ingreso en *la calle*. El inicio de su participación en *la calle* aparece, entonces, como un recurso para el pasaje de la infancia a una condición juvenil específica (callejera), que Kevin distingue de otras posibles incluso en otros grupos de clases populares, como ocurre con su propio hermano.

A diferencia de las biografías de los jóvenes en situación de calle, en Kevin este inicio de la participación en *la calle* y su connotación de pasaje etario no está ligado a la *salida del hogar*. Aquí, para fechar el fin de la infancia van a ser fundamentales los cambios de relación con determinadas instituciones que ya advertía Leclerc-Olive (1998). Se trata de instituciones fundamentales entre las nuevas generaciones de los márgenes: la escuela, las instituciones tradicionales de la “minoridad” (policía-jueces-instituto de menores) y la cárcel. En el caso de la escuela, Kevin individualiza como momento de inflexión el hecho de ser expulsado a los 12 años del establecimiento al que asistía, por protagonizar una pelea violenta con un compañero. “*Tuve que pelearme porque hablé mal de mi vieja*”, afirma, y así da cuenta de una marca temporal que refiere a las consecuencias de comenzar a adscribir a las prácticas socioculturales del *aguante* y asumir ciertas obligaciones morales de los jóvenes de clases populares: las de defender el honor de la madre, sin importar las consecuencias. A partir de entonces, su relación con la escuela pasa a ser intermitente y comienza a circular por distintos establecimientos escolares de los que es recurrentemente expulsado por motivos de “violencia”²⁰.

A los 15 años fue apresado tras realizar un robo y un juez decide su reclusión durante cinco meses en el Instituto de Menores San Martín. Esa experiencia funciona también como sanción institucional del fin de su *infancia rosada* y de pasaje a su actual identidad de *oveja negra* que lo lleva a interrumpir la escolarización formal, que al momento de

20. Con una valoración diferente sobre los usos del cuerpo y en particular la fuerza física, más cercana a la moralidad de las clases medias de las que proceden maestros/as y directivos, las escuelas suelen considerar las prácticas del *aguante* como una “violencia fuera de lugar” (Duschatsky, Corea, 2004: 28) en la relación escolar.

la investigación no había vuelto a retomar. Ya que su experiencia en el Instituto marca el inicio de una socialización en ciertas lógicas del uso de la fuerza física dentro de esta institución, a modo de un rito de pasaje en el uso de la violencia (Duschatsky y Correa, 2004: 33-40):

K: —La primera caída que tuve (...) estuvimos hablando con un par de pibitos ahí. Y bueno, este pibito me puso pillo de cómo eran las cosas ahí, que cuando nos mandaban para arriba teníamos que pelear nomás y ya está. Era mi primera caída y yo estaba medio atontado.

F: —Claro, es que uno no sabe cómo manejarse...

K: —Claro. Me dijo que cuando me mandaran al piso de arriba tenía que ir, pararme de manos, iban a ser diez o quince minutos de adrenalina donde te dan palo los guardias, y después ya está.

Kevin afirma que tanto la expulsión de la escuela como el pasaje por el Instituto lo llevaron a sumergirse más en las prácticas y sociabilidad de *la calle*. La cárcel también interviene en este pasaje que define el fin de la *época rosada* y sus “primeras veces” (Bozon, 2002) en *la calle*, a través de un acontecimiento que cambia las relaciones con los adultos de su familia:

Todo cambió cuando mi viejo cayó en cana, a los 8, 9 [años de Kevin]. Eso fue mi final (...) Porque era como que yo recién empezaba, era todo nuevo para mí, recién empezaba a salir a ‘la calle’. Tenía mis primeras amistades, empezaba a abrir un poco más los ojos de lo que era ‘la calle’. Y como que ‘la calle’ no me inspiró cosas buenas (...) Y quizás si lo hubiera tenido a mi viejo al lado mío, hubiese sido otra cosa lo mío.

Así, la interacción con estas instituciones (la expulsión de la escuela, el ingreso a un Instituto de Menores y el encarcelamiento del *padre*) marcan un cambio en la relación con los adultos: éstos dejan de ser protectores para convertirse en ausentes (*padre*), expulsores (*escuela*), peligrosos (*celadores*), con los que se establece una relación menos asimétrica (resistir la pelea con los guardias lo identifica en una posición menos subordinada, relacionada con la posesión de *aguante*). Estas interacciones institucionales sancionan, como ya indicaba Leclerc-Olive (1998), la fecha de su inmersión en *la calle*, que Kevin reconoce como su “*final*”: el final de un ciclo de vida adecuado al modelo normativo, el

fin de una *infancia rosada* y el pasaje hacia una condición juvenil callejera que difiere de aquella vivida por su hermano.

Identifica como características de esta condición juvenil específica la participación en un nuevo grupo de pares, con quienes comparte el consumo de drogas, la realización de delitos, el uso de la violencia con desconocidos, la adopción de un estilo estético (ropa deportiva, gorrita con visera, tatuajes *tumberos*²¹ como los cinco puntitos que lleva en su mano izquierda y que representa “*la muerte de un policía*”), un modo de habitar el espacio urbano y el tiempo que distingue a los jóvenes de los más chicos, como identifican también Chaves, Hernández, Cingolani, (2012): pasar las horas *plagueando* con sus amigos en las zonas más alejadas del control adulto, fuera de la escuela y de la vivienda familiar, hasta avanzada la noche. Este nuevo estatus etario aparece valorado positivamente por las posibilidades y libertades que le permite, pero también valorado negativamente por implicar prácticas reprobadas socialmente (“*la calle no me inspiró cosas buenas*”).

Sin embargo, Kevin alterna en su experiencia momentos de alejamiento pero también de acercamiento al ordenamiento normativo de los cursos de vida y a sus roles y pasajes etarios. Por ejemplo, en sus múltiples acercamientos informales e intermitentes con la escolaridad, que le permite acercarse a una condición juvenil ligada al rol de “alumno”. En efecto, aún si al momento de la entrevista Kevin había interrumpido su escolaridad formal, insiste en que siguió “*estudiando*” y realizó distintos cursos de educación no formal que también se dictaba en las escuelas. “*A pesar de cómo me ve la gente, yo tengo títulos*”, afirma frente a mí y así muestra cómo la escolaridad sigue siendo un elemento de prestigio entre los/as niños/as y jóvenes de clases populares (como también advierte Fonseca, 1994), al que se busca adscribir incluso de forma marginal.

En este acercamiento y alejamiento de los modos normativos de los recorridos vitales, Kevin selecciona distintos elementos para presentar su identidad (y su estatus etario) según la ocasión, quién tenga enfrente y el marco en que se produzca la interacción: puede mostrarse e identificarse con una condición juvenil callejera caracterizada por la posesión

21. La expresión “*tumbero/a*” es utilizada como un adjetivo que define a un elemento o persona como perteneciente a la sub-cultura carcelaria. La exhibición de tatuajes como uno de los usos corporales que permiten poner en evidencia la posesión de “*aguante*” fue también identificada entre los jóvenes en prisión (Miguez, 2002).

del *aguante* y/o preferir mostrarse bajo el rol “alumno”. Incluso Kevin toma la participación en esta investigación como una oportunidad para confrontar con las miradas estigmatizantes que signan su experiencia cotidiana: “*Yo tengo cursos de panadería, hice cursos de PC, de marroquinería, de electrotécnica, de estampado sobre remeras. Son talleres en la escuela. Ahora me salió uno de repostería avanzada*”.

Estos roles y condiciones juveniles no se presentan entonces como necesariamente excluyentes. Como la mayor parte de los adolescentes y jóvenes que entrevisté, su experiencia no es la de una reivindicación de la no escolaridad como práctica contra-cultural. Kevin, por el contrario, manifestaba sus deseos de retomar los estudios formales por dos razones. Por un lado, porque sostenía su legitimidad como ordenador hegemónico de los cursos de vida, recuperando la memoria transmitida por generaciones anteriores de clases populares sobre una organización de los cursos de vida que relacionaba la escolaridad con el acceso a niveles de bienestar y estabilidad. Y aunque en la actualidad la ampliación del acceso a una mayor escolaridad no se corresponda necesariamente con la obtención de mejores condiciones laborales (Pereyra, 2005), no deja de operar como “reservas de experiencia etarias” aún entre las nuevas generaciones. En este sentido, afirma que “*pienso que si no estudio me van a comer los pijos. No da para estar toda la vida muleando por un par de monedas o por vender compactos; me gustaría tener un oficio. ¿Cómo se llaman estos que arreglan televisores? Electricista, algo así me gustaría ser. Me gustaría estudiar algo para el día de mañana decirle a mi hijo: mirá a tu papá*”. Por otro lado, reconoce, le gustaría retomar la escuela como “*un pasatiempo*”, para “*no aferrarme tanto a la calle*”. Aquí sí Kevin presenta las experiencias en estos espacios como sociabilidades en tensión.

Actualmente, Kevin reconoce a *la calle* como su espacio de pertenencia e integración principal: “*Ya estoy re-pegado a la calle. Pero no como ‘chico de la calle’, eh? sino como que me encanta ‘la joda’*”, aclara y al hacerlo echa luz sobre las distintas maneras posibles de relación con *la calle* entre las nuevas generaciones de los márgenes sociourbanos, que no constituyen poblaciones o identidades claramente delimitadas y excluyentes sino momentos o identidades más situacionales y alternantes. En el caso de Kevin, ser un *chico de la calle* o *estar en la joda de la calle* constituyen distintos momentos de su recorrido vital; cuenta, por ejemplo, su experiencia circunstancial de pasar algunos días fuera de

su hogar, durmiendo en una estación de tren relativamente cercana a su barrio y relacionándose allí con un grupo de niños y jóvenes que dormía en la estación, como cuando *“fui un chico de la calle”*.

Pero esa experiencia no se prologó y, en oposición, se refiere a *la joda de la calle* como el modo de su relación actual con este espacio social. Al referirse a *la joda* Kevin retoma una categoría crucial en el mundo popular como alternativa a la socialización de la cultura del trabajo, que reivindica prácticas de consumo y entretenimiento sancionadas socialmente (como alcohol y drogas) y que cobra mayor legitimidad entre las nuevas generaciones, con su desestructuración (Miguez, Seman, 2006: 30-31). La *joda* supone para Kevin *“estar todo el día plagueando”*: *“Yo me levanto a la mañana y me voy para la esquina, y me quedo ahí. Me fumo un par de fasos, vengo, como algo y me voy. No sé, me voy a plaguear con los pibes, siempre se da alguna manera de hacer plata o me voy a caminar por ahí. Me quedo así, en la calle”*. De esta manera, *la calle* le brinda la posibilidad de alejarse por momentos de las responsabilidades y obligaciones laborales y familiares, y así constituirse en un recurso para vivir una suerte de “moratoria social” (Erikson, 1971; Marguilis, Urresti, 1996) en los márgenes de la escuela, la familia y el empleo. Aunque el costo de esta moratoria social sea exponerse a riesgos y peligros a los que no se exponen los jóvenes de otras clases y grupos sociales para experimentar tal condición.

Lejos de concebir este espacio social como un vacío sin referencias espaciales ni temporales, Kevin enumera sus actividades cotidianas:

Vas, empezás a caminar, te cruzás con un par de amigos, te quedás ahí, empezás a hablar y escuchás la conversación, y hablás y das tu opinión. Si no te cabe, te peleás. Buscás una manera de hacer plata. Vas, y venís otra vez. Seguí caminando así hasta que te recorrés todo el barrio, se te hace re cortito al fin y al cabo. Te das unas vueltas por afuera, y volvés. Te subís a la terraza (del monoblock) y mirás y decís fua! Es lo más lindo que hay.

Así, diferenciándose de las concepciones que identifican a *la calle* como un espacio anómico, sin referencias ni normas, ésta aparece como un mundo regulado por criterios significativos y moralidades específicas. Entre estos criterios aparecen el consumo de drogas, la “lógica de la provisión” y el uso de la fuerza física como modo de relación, como elemen-

tos organizadores del tiempo (social y biográfico) y de los espacios por los que se circula, de las relaciones que se establecen y proveen elementos para la construcción de identidades sociales con validez en ese espacio social. También, de la organización de los curso de vida y pasajes etarios.

Sin embargo, el análisis del curso de vida de Kevin muestra que las identidades y clasificaciones de *la calle* no son el único modo de organizar su experiencia, ya que su práctica de circulación por distintos espacios sociales lo vuelve conocedor de un repertorio plural de esquemas temporales y condiciones etarias diferentes. En primer lugar, participa del espacio de “*la casa*” y del estatus de “hijo”, que presenta como opuestos moralmente a las prácticas, moralidades y estatus de *la calle*: “*mi casa es una casa ‘de familia’. Una cosa es de la puerta para adentro y otra de la puerta para afuera*” aclara, dando como ejemplo que allí él evita esconder el arma con la que realiza algunos robos “*para no mezclar las cosas*”, como muestra de respeto por los adultos del hogar. Aún si las prácticas desplegadas en uno y otro espacio no sean tan opuestas ni excluyentes como supone su construcción moral (Da Matta, 2002), como evidencia el hecho de que fue en su propia casa que Kevin aprendió a manejar armas, mirando a su *papá* a desarmarlas. En segundo lugar, Kevin participa y circula por múltiples espacios institucionales y relaciones que proponen otros modos de ser joven, y en donde las prácticas, moralidades y roles juveniles de *la calle* no son considerados legítimos. Se trata de la murga, el club de fútbol, el programa Comunidades Vulnerables para jóvenes “en conflicto con la ley”, la escuela, las actividades que organiza “*una señora del barrio que lleva a los pibes de vacaciones*”, su relación con el párroco del barrio (el padre Miguel, del cual se considera amigo personal), e incluso, la propia interacción conmigo como investigadora.

Participar de cada uno de estos supone asumir distintas identidades sociales, hacer uso de diferentes repertorios de lógicas de habilidades y criterios significativos que son válidos en un espacio e ilegítimos en otro; fundamentalmente, supone asumir distintos roles y condiciones etarias. Por ejemplo, utilizar un lenguaje diferente al que utiliza con sus pares en “*la calle*”: “*ahí [en esos otros espacios] hablo bien, como hablo con vos*”, entendiendo que se trata de “*otro ambiente*”, y dando cuenta de su habilidad para adecuar su comportamiento a cada uno. Lo que no quiere decir que siempre tenga éxito en su adecuación, puesto que desempeñarse en estos distintos espacios requiere de habilidades y capitales necesarios (simbólicos, culturales, relacionales, morales) para poder desempeñar

los modos de ser niño/joven que cada espacio propone. Ya que cada uno de estos espacios institucionales y relacionales conllevan supuestos y esquemas temporales propios, respecto de cómo organizar los ciclos de vida y en consecuencia definir qué prácticas son adecuadas o no en relación a su condición etaria. Por lo tanto, su circulación por estas instituciones supone también un tránsito entre múltiples roles etarios y esquemas temporales para organizar su curso de vida. Sin embargo, estas habilidades y recursos necesarios para desempeñar los roles etarios que cada espacio social requiere están distribuidos desigualmente y por eso es en *la calle* (de su barrio) donde siente que aprendió a manejarse, que lo conocen y lo valoran, mientras que en otros lugares suele sentirse cuestionado, estigmatizado y discriminado (“*afuera no sos nadie*”).

A diferencia de estas instituciones que contrastan con la experiencia callejera, otras refuerzan las prácticas y moralidades asociadas al espacio de *la calle*. Kevin –al igual que la mayor parte de los chicos que pasaron por un Instituto de menores y participaron de esta investigación– reconoce que “*adentro es como la calle, te tenés que defender. Es peor que la calle, porque estás encerrado*”, refiriéndose específicamente a la continuidad del uso de la fuerza física como forma de relación con los demás (otros chicos/as internados/as y también con los celadores).

La Policía también aparece en sus experiencias como un actor central de *la calle*, ya que es representada como una banda rival –aunque con más instrumentos– y por lo tanto, con la que se disputa y a la que se teme (Kessler, 2004). “*El patrullero viene cada dos por tres y siempre nos quiere llevar. Por portación de rostro, la manera de caminar, la manera de vestir, por cualquier cosa te paran y te llevan*”, explica Kevin. Son innumerables los relatos de Kevin (como de los demás niños/as y jóvenes entrevistados/as) de experiencias propias o de pares víctimas de un trato policial estigmatizador, violento y arbitrario; golpizas y encierros en comisarías, chantajes y reclutamientos para la realización de actividades delictivas y hasta situaciones de abuso sexual y de alta probabilidad de la muerte en sus manos, en el marco de un enfrentamiento o simplemente “*porque como no te pueden agarrar, te tiran*”. Es así como la relación entre los jóvenes y la Policía, como vimos, constituye uno de los temores de los adultos del barrio frente a la participación de los más chicos en *la calle*.

Finalmente, si Kevin utiliza a *la calle* como organizadora de su curso de vida no es sólo porque le permite operar un pasaje entre una *infancia*

rosada y una condición juvenil callejera, sino también porque impacta en los modos y sentidos del pasaje a la adultez, que vislumbra como una de las formas de *rescatarse*. *Rescatarse*, para Kevin como para el resto de los chicos y chicas entrevistados/as, suponía el alejamiento de esta experiencia juvenil callejera, de sus prácticas y moralidades y fundamentalmente de sus peligros. En virtud de la manera en que se articule temporalmente el *rescate* en los cursos de vida de estos niños/as y jóvenes y de los soportes que requiere, este alejamiento puede dar lugar a dos tipos de pasaje entre estatus etarios. Por un lado, un pasaje “pendular” que aparece con los sucesivos acercamientos y alejamientos entre dos condiciones juveniles: la callejera y la normativa, organizada alrededor de la familia y la escuela. Este *rescate* es más coyuntural, alternante y reversible, y para lograrlo los soportes con los que cuentan son generalmente relacionales y afectivos: *“los chiquitos de la familia te ponen la fuerza que necesitás para dejarla [la calle/ la droga]... O, por lo menos, para apartarla. Te pasa, a veces te pasa. Con los chiquititos, con mi familia, o con un amigo quizás también, por qué no”*. Otro de los soportes para este pasaje “pendular” entre condiciones juveniles son las redes familiares fuera del barrio. Este recurso suele ser utilizado por las familias que quieren “reencausar” los cursos de vida de sus hijos y *rescatarlos* de las *malas juntas*, estrategia que Fonseca (1994) también identifica entre las clases populares brasileras. Pero estos recursos —que constituyen soportes relacionales y actúan como fuerzas morales y afectivas que contrastan con *la calle*— suelen durar sólo un tiempo, ya que cuando se desatan los conflictos propios de la crianza los jóvenes vuelven a sus familias en el barrio y por ende no logran reemplazar la sociabilidad y recursos que encuentran en este espacio. Así, este pasaje etario “pendular” supone experiencias de alternancia constante entre distintos roles juveniles y lógicas temporales de organización de los cursos de vida.

Por otro lado, *rescatarse* remite a un pasaje “vertical” en el curso de vida entre clases de edad, que implique la finalización de la condición juvenil callejera por el pasaje a la adultez. Esto requiere de soportes más estables en el tiempo, como el acceso a un empleo seguro y la conformación de una pareja estable y familia propia. En palabras de Kevin, *“para rescatarme tendría que conseguir un trabajo en blanco y una mujer. Nada más”*. Si las posibilidades de acceder a un trabajo *en blanco* y a una vivienda propia resultan más limitadas en las nuevas generaciones de los márgenes, entonces formar una familia propia (establecer

una pareja y tener hijos) es de los pocos soportes de la condición de adultez a los que pueden acceder. Y es por ello que el tema de “*los hijos*” está presente desde que son muy jóvenes. “*A mí me gustaría tener a mis hijos, no sé si en este barrio o en otro lugar, pero que no hagan las cosas que yo hice. Tener mi mujer, tener mis hijos, tener un trabajo en blanco. Hacer una vida normal*”, dice Kevin, y subraya la comprensión de la participación en *la calle* como un recorrido vital desviado, producto de una “mala elección” personal, y que en un momento debe llegar a su fin (o no) producto de su voluntad y fortaleza moral individual.

Pero el fin de la experiencia de *la calle* puede tener también otros desenlaces que altere el desarrollo de los cursos de vida, que aparecen como tanto o incluso más probables que *rescatarse*. “*Yo tampoco voy a llegar a los 35*”, me dijo un día mientras caminábamos por las calles del barrio y nos cruzamos con un joven de unos 30 años que estaba tirado en el piso, atravesado en la vereda, completamente dormido y con muestras de estar bajo los efectos del alcohol. “*Conozco miles de pibes que ya no están*”, y en su comentario se refería a dos corolarios que considera probables de su participación en *la calle*: una muerte joven (como represalia de una pelea con otros jóvenes, provocada por la Policía, como efecto de las drogas o enfermedades producidas por las condiciones del hábitat barrial y por la insuficiente infraestructura sanitaria y de acceso a la salud) y la cárcel.

En este sentido, la percepción de que la participación en *la calle* pueda interrumpir el ciclo de vida, confirmaba la desarticulación de la adultez como edad de referencia organizadora del ciclo vital (Tavoillot, 2011) ya que ésta podría incluso no tener lugar en sus vidas. Se abren así otras experiencias temporales ligadas a *la calle*: en ocasiones la experiencia de una aceleración y acortamiento de la juventud (Torrado, 1996) o del desdibujamiento de las fronteras entre juventud y adultez (Daroqui, Gue-mureman, 2007), pero también otras experiencias que veremos en el próximo capítulo, como la de la fijación en la condición juvenil callejera y la imposibilidad de un pasaje etario a la adultez (Tonkonoff, 2007).

2. Epílogo

El relato biográfico de Kevin lleva a identificar múltiples usos de *la calle* como organizadora del ciclo de vida y de las edades. En primer

lugar, permite establecer un momento anterior a la participación en este espacio social como una *infancia rosada* y la inmersión en *la calle* como un pasaje a una condición juvenil (callejera) como modo de existencia en los márgenes sociourbanos del AMBA. Pasaje que para confirmarse requiere de la interacción con instituciones fundamentales para estos/as jóvenes: la expulsión de la escuela, la cárcel de su padre y la tríada Policía-juez- Instituto de Menores.

Como condición juvenil específica, *la calle* ofrece recursos para esta experiencia de la *joda* relacionada con las prácticas del aguante, el consumo de drogas, la adscripción a lógicas de la provisión, estilos estéticos y cierta movilidad por el espacio urbano. Se abre la posibilidad de una suerte de “moratoria social” (Erikson, 1971; Margulis, Urresti, 1996), en los márgenes de la escuela, la familia y el empleo, que supone formas de autonomía y diversión, pero a su vez implica poner en riesgo la propia integridad física y es altamente estigmatizada. Al contrastar el lugar de esta experiencia en su curso de vida con las “reservas de experiencias etarias” como parámetros de la organización de las edades transmitidas por generaciones anteriores, Kevin alterna entre la reivindicación y la responsabilización moral por la centralidad que *la calle* ocupa en su biografía. Pero la sociabilidad callejera no es el único esquema temporal de organización de su vida que utiliza Kevin, ya que a través de la circulación por distintos espacios sociales e institucionales que contemplan diversos esquemas temporales y modalidades de ser niño/joven, la vivencia de Kevin es la de una alternancia entre múltiples estatus y roles etarios. Dado que los recursos que brinda la calle no posibilitan estatus irreversibles ni estables, la organización de su curso de vida alrededor de ella se alterna y solapa con intentos de organizarlo alrededor de la escuela, el mercado de trabajo y las instituciones y así “reencauzarlo”.

Por último, *la calle* impacta también en los modos y experiencias de pasaje a la condición de adulto, tanto desde la posibilidad de *rescatarse*, ligado a los puntos de inflexión de los cursos de vida (formar una pareja y tener hijos), como por la posibilidad de la muerte como consecuencia de la participación en este espacio social, que haga imposible el pasaje a la adultez. Todo ello abre el abanico a nuevas experiencias temporales asociadas con *la calle*, que permiten organizar los cursos de vida, aún en condiciones de marginalidad y desigualdad.

PALABRAS FINALES

La calle como organizadora de los cursos de vida de jóvenes en los márgenes suburbanos

1. Qué brinda *la calle* a lxs más jóvenes: variables para comprender su participación

Las biografías presentadas en este libro dan muestras de la centralidad de *la calle* como organizadora de los cursos de vida y los pasajes etarios en las nuevas generaciones de los márgenes sociourbanos del AMBA. Por ello resulta importante la comprensión socioantropológica de esta categoría, que permita ir más allá de las miradas que la ubican exclusivamente como el lugar del desvío y la carencia. A su vez, las biografías permiten identificar los modos en que la participación en este espacio social se articula con otras variables sociológicas y comprender su mayor o menor centralidad en las vidas particulares de estos/as jóvenes.

La calle se revela en este libro como un “mundo social” (Strauss, 1992), que se vuelve central en los intersticios de las relaciones inestables y precarias con la escuela, el mercado de trabajo y la segregación urbana. Este concepto, tomado de la sociología interaccionista de Anselm Strauss, permite diferenciarse de concepciones más culturalistas que identifican en *la calle* una “cultura” o “subcultura” específica. Strauss se refiere a los “mundos sociales” para remitirse a “ámbitos de despliegue de las actividades, las pertenencias, los sentidos, los sitios, las tecnologías y las organizaciones específicas a cada mundo social particular” (Strauss, 1992: 49). El acento aquí está puesto en las prác-

ticas de los actores, sus relaciones y lógicas de acción y los contextos en las que ellas suceden, y no sólo en la identificación de elementos simbólicos, que son tratados como recursos para la acción.

La participación de las personas en múltiples mundos sociales es otra de las implicancias de comprenderla como tal. En efecto, como vimos, la forma en que estos adolescentes y jóvenes participan del mundo social de *la calle* deja de manifiesto que ésta no constituye una totalidad claramente circunscripta y definida de la que son miembros de manera excluyente, sino que participan simultáneamente de distintos mundos en los que están comprometidos tanto relacional como identitariamente (por ejemplo, *la calle* y la familia, la escuela, las instituciones de asistencia) y que mantienen con *la calle* una relación jerárquica en función de su mayor legitimidad social como espacios de integración. Cada uno de estos mundos sociales proveen, a su vez, diferentes esquemas temporales y roles etarios, y por ende, los/as niños y jóvenes que circulan por ellos deben realizar un trabajo de articulación específico entre elementos significativos y morales diferentes, que incluye aquellos relacionados con las clasificaciones de edad, que pueden ser hasta contrapuestos, y también convivir en una misma biografía. Lo que da lugar a tensiones y disputas que se expresan tanto en conflictos y negociaciones con los adultos de cada mundo (familiares, maestros, vecinos, operadores institucionales) como en (y en articulación con) tensiones en la propia autoadscripción identitaria, como por ejemplo, tener aguante vs ser la “oveja negra” de la familia en el caso de Kevin.

Ahora bien, la participación en *la calle* de los y las adolescentes y jóvenes de los márgenes sociales y urbanos no es automática; tampoco se trata de elecciones personales y/o condiciones de fortaleza individual y moral. La segregación espacial y la concentración de desventajas en un mismo espacio urbano, el aumento de la desigualdad, la degradación de las condiciones de vida resultante, la precariedad e inestabilidad del vínculo con el mercado de trabajo, la descentralización y focalización de las políticas sociales, son como vimos procesos fundamentales que se encuentran en la base de la mayor importancia que este mundo social cobra en la sociabilidad de las nuevas generaciones; y en articulación con otras variables sociológicas que se sistematizan a continuación, terminan de dar forma a la multiplicidad de recorridos biográficos posibles de los/as niños/as y jóvenes en los márgenes sociourbanos.

La primera variable que evidencia su imbricación con *la calle* es la de las relaciones de género. Tradicionalmente se ha considerado este mundo social como un territorio de la masculinidad y en efecto son los varones quienes más participan en ella (Gentile, 2008). Sin embargo, la creciente importancia que fue cobrando como modo de sociabilidad juvenil en los márgenes lleva a que muchas chicas también participen de este mundo y lo utilicen como recurso para gestionar la organización de sus cursos de vida. Aunque en el caso de las chicas, la adscripción a este mundo social conlleve un costo mayor que en los varones.

La experiencia de desvalorización y fracaso escolar resulta a su vez importante en la búsqueda de otros espacios y relaciones sociales que provean una visión más valorada de sí, tal como ya señalaba en sus clásicos estudios Jean-Claude Chamboredon (1971). En retroalimentación, el hábito de las prácticas asociadas con *la calle* y la importancia del reconocimiento obtenido en ese grupo de pares ("*las juntas*") dificulta la adopción de roles y habilidades propuestas por la institución escolar, cuyas condiciones de posibilidad suponen soportes culturales, simbólicos y materiales distribuidos desigualmente en la sociedad y con menor presencia entre las familias de los márgenes. Sin embargo, las biografías muestran que la contraposición *calle/escuela* no toma aquí la forma de una oposición reivindicativa (como sí ocurría entre los jóvenes de barrios pobres de Francia o Estados Unidos (Coutant, 2005; Mauger, 2006; Bourgois, 2010). Quizás por el peso histórico de la institución escolar en la definición de los cursos de vida y pasajes etarios en la historia de la Argentina (Carli, 2002), las experiencias de interrupción de la escolaridad son vividas como fracasos/desvíos individuales y los/las adolescentes y jóvenes manifiestan permanentemente que "quisieran" o "deberían" volver a las aulas, aún si relativizan su eficacia para el logro de una inserción laboral estable y de ascenso social en la actualidad.

Otro de los factores que se repite en aquellas biografías donde *la calle* cobra centralidad, son los conflictos familiares derivados del impacto de las transformaciones del mercado de trabajo y de la infraestructura de cuidado en los barrios. Ello repercute en la dificultad de una presencia estable y constante de adultos que se encarguen de la crianza y cuidado de los pequeños. Por un lado, porque el déficit de infraestructura pública en los barrios, junto con una concepción familiarista de las políticas sociales, concentran esta responsabilidad exclusivamente en los precarios recursos de los miembros de las familias (Pautassi y Zibecchi,

2010) y especialmente en las mujeres (Esquivel, Faur, Jelin, 2012)²². Por otro lado, porque las dinámicas familiares producidas por las formas para la obtención de ingresos de los adultos dificultan este desempeño: jornadas extensas y rotación de sus horarios en función de la precariedad e inestabilidad de sus empleos, la mudanza de algunos miembros en búsqueda de mejores ingresos a lugares alejados, la necesidad de participar a toda hora y lugar en redes que posibiliten el acceso a recursos cuando aparezca la ocasión (redes familiares, políticas, religiosas, delictivas, etc.), a lo que se suma, en casos más extremos, la reclusión en la cárcel de los adultos a cargo, dificultan la presencia cotidiana necesaria para tal cuidado y seguimiento. En ocasiones, sobre todo en el caso de las chicas, esta dificultad de los adultos para el seguimiento cotidiano da lugar a fuertes conflictos generacionales, al contrastar con el intento de imponer controles estrictos sobre su circulación y el ejercicio de su sexualidad, que resultan tan infructuosos como expulsivos y terminan convirtiéndose en motivos para una mayor participación en *la calle*.

La existencia de redes familiares que excedan el espacio barrial resulta a su vez utilizado por muchas familias como otra estrategia para sustraer a los jóvenes de *la calle* y de las “*malas juntas*” locales. Pasar una temporada fuera del barrio, en casa de familiares (muchas veces se trata del padre que conformó una nueva familia en otro barrio), resulta un soporte relacional utilizado para sustraerlos de la trama de relaciones locales de *la calle* y a veces les posibilita “reencausar” sus cursos de vida a través de la integración en otros mundos sociales de clases populares más estables y menos marginados. Sin embargo, estas estadías suelen culminar en disputas personales y situaciones conflictivas con el nuevo grupo y los jóvenes regresan a insertarse en *la calle*, lo que deja de manifiesto la precariedad de la protección basada únicamente en soportes relacionales y afectivos.

En este contexto parece jugar también una suerte de economía afectiva en el seno de las familias (Coutant, 2005), en relación a las distintas expectativas de los adultos sobre las trayectorias de los distintos niños y jóvenes que conforman el hogar. Algunos relatos de estigmatización intra-familiar (como el de Kevin y su comparación con la crianza de su

22. En las políticas sociales resulta muy extendida la ideología familiarista, que identifica a las familias como principales satisfactoras de las necesidades de los más pequeños (Pautassi y Zibecchi, 2010).

hermano) suman un elemento de déficit de reconocimiento y valoración personal, que presentan la participación en las relaciones de *la calle* como un recurso útil para el logro de una construcción identitaria valorada, no lograda en el espacio de la escuela, la familia ni laboral.

Por último, la dificultad que tienen los jóvenes para acceder a trabajos formales, estables y bien remunerados, aún en contextos de reactivación del mercado de trabajo, resulta un elemento fundamental para entender la persistencia y relevancia de *la calle* en las nuevas generaciones en los márgenes. Puesto que esta dificultad contrasta con las “*mil maneras de hacer plata*” que ésta provee, como afirma Kevin. El mundo social de *la calle* brinda fuentes alternativas de ingresos, lógicas que habilitan su acceso y relaciones sociales que permiten su desempeño, y como consecuencia, el acceso al consumo que permite adscribir a identidades valoradas socialmente. Y si la participación en este mundo social no garantiza la estabilidad de esos ingresos, al menos sí resulta posible la multiplicación de las oportunidades para lograrlos, aunque ello suponga la exposición a riesgos y peligros que pueden llevar desde la cárcel hasta a la muerte.

2. La calle como ordenador biográfico

Los trabajos sobre las formas de organización biográficas proponen, como se dijo, estar atentos a los relatos de “la primera vez” (Bozon, 2002), que funcionan como “puntos de inflexión” en los calendarios personales (Leclerc-Olive, 1998). Ellos marcan el comienzo de sociabilidades y la adquisición de estatus que, aunque inestables y reversibles, permiten organizar los cursos de vida y orientarse en condiciones de precariedad e incertidumbre (Bessin, 2002). Las biografías analizadas muestran que la participación en *la calle* es presentada a través de formas de “ingreso” y “egreso” determinadas, y mientras el “ingreso” es asociado al fin de la infancia, el “egreso” aparece asociado al pasaje a la adultez. *La calle*, pues, se identifica como una condición juvenil específica, aunque subordinada, que tiene lugar en condiciones de marginalidad urbana y social. Constituye, entonces, un esquema temporal específico que da lugar a ordenamientos particulares de los cursos de vida.

Desde una mirada que problematice el procesamiento social de las edades desde la perspectiva de las generaciones, se sabe que esta aso-

ciación entre *calle* y experiencia juvenil no es específica de las nuevas generaciones de clases populares, ni en la Argentina ni en otros países. Como ejemplo, puede tomarse el clásico trabajo sobre jóvenes de clase obrera en Inglaterra en los años '60 realizado por Paul Willis (1988). Willis dio cuenta de una subcultura callejera como cultura contra-escolar y que lejos de constituir un “desvío”, constituía un aprendizaje de los jóvenes funcional a la “cultura de la fábrica” a la que adscribirían en su adultez.

¿Cuál es la especificidad que aportan entonces las nuevas generaciones de los márgenes del AMBA al respecto, que como se mostró da lugar a un importante conflicto generacional en estos territorios? Las novedades se pueden sintetizar en tres situaciones. La primera consiste en una mayor centralidad de la sociabilidad callejera en la organización de los cursos de vida. Esto debido a que la inestabilidad y precariedad del vínculo con la escuela, la familia, el acceso a la propiedad y los efectos de la segregación sociourbana, debilitan a estos espacios como instancias de integración y fortalecen la influencia de *la calle* en las biografías. Mayor centralidad que ya vienen resaltando investigaciones anteriores (Auyero, 1993; Urresti, 2002; Miguez, 2010). La segunda novedad es el tipo de prácticas y sentidos que organizan este mundo social en la actualidad y que se distingue de *la calle* de antaño: el *aguante* como modo principal de uso de la violencia física y sus sentidos morales, el consumo de drogas y las lógicas que equiparan formas legales e ilegales de obtención de ingresos. La tercera novedad es que los efectos de las transformaciones estructurales de las últimas décadas en las clases populares, producen que las edades cronológicas en que las personas ingresan y egresan de este mundo social sean diferentes que en las generaciones anteriores. Por ello, en relación a la participación en este mundo social se ponen de manifiesto conflictos generacionales específicos.

Si se analiza la relación con *la calle* desde la perspectiva de los cursos de vida, se puede identificar que este mundo social propone un esquema temporal específico, aunque convive con los ordenamientos hegemónicos normativos de los cursos de vida y sus pasajes etarios. Recapitulando los aportes de las biografías en este sentido, vemos que los y las adolescentes y jóvenes identifican el comienzo de *estar en la calle* con experiencias de progresiva emancipación del control adulto/paterno y experiencias de cierta autonomía: a través de la ampliación de los espacios de su circulación (recorrer nuevos espacios/barrios, “*salir al centro*”; o pasar “*todo el día en la calle*”); de comenzar a contar con

una cierta autonomía financiera (incorporar la “lógica del cazador” y “de la provisión” como la posibilidad de empezar a tener “tu plata”); de realizar ciertos usos del cuerpo (la participación en peleas, el ejercicio de la sexualidad, el consumo de drogas); de estar más inmerso en las tramas de solidaridad e intercambio entre pares. Este comienzo de *estar en la calle* también supone una nueva relación con las instituciones, en los casos en que coincide con períodos de asistencia intermitente o incluso el abandono de la escuela, el inicio de una relación cada vez más conflictiva y confrontativa con la Policía y las agencias de control socio-penal.

La infancia como clase de edad, aparece en estos relatos biográficos como el estatus social anterior al inicio de la participación en *la calle*. En tanto tal, suele ser significada como una suerte de reservorio moral y afectivo, opuesto a las prácticas y modalidades de relación de *la calle*. “Los chicos” serán entonces tanto aquellos que aún no participan de *la calle*, como también los soportes por excelencia de una fortaleza interna (moral y emocional), concebida como necesaria para alejarse de las prácticas y experiencias de *la calle*. Hermanos y primos menores, pero sobre todo, tener hijos propios, aparecen como un recurso para establecer pasajes biográficos (aunque se mostró que estos soportes relacionales no puedan garantizar por sí solos la estabilidad de los estatus adquiridos).

Las experiencias callejeras aparecen, entonces, constituyendo una *condición juvenil específica en los márgenes*; una experiencia que contrasta con la condición juvenil normativa organizada alrededor de la familia, la escuela y/o el trabajo y también con las expectativas transmitidas a través de las “reservas de experiencias etarias” propias de generaciones anteriores. Si aparecía como una experiencia de moratoria social asociada a prácticas y experiencias de alejamiento del control y las normas de los adultos, el costo de esta moratoria social implicaba mayores riesgos y peligros que en otros grupos sociales. Como efecto de ello, muchas veces esta *condición juvenil callejera* era vivida por los/as adolescentes y jóvenes como una etapa de “desvío” moral negativa y de “maldad”, que finalizaba al momento de “rescatarse”.

La referencia a este “egreso” o finalización de la participación en *la calle*, apareció como efecto de dos tipos de pasaje de estatus etarios posibles. Por un lado, un pasaje “pendular” entre condiciones juveniles (una normativa, otra callejera); y por otro lado, como un pasaje “vertical”, como transición entre clases de edad en los cursos de vida, identificado con el fin de la experiencia juvenil callejera y la entrada a la adultez.

Estas formas de “egreso” de la calle aparecieron en las biografías bajo dos modalidades: un egreso deseable, comprendido como producto de un esfuerzo personal y moral de “rescatarse”, capaz de “reencausar” sus cursos de vida; y un egreso forzado. “Rescatarse” implica como se mostró, alejarse de las prácticas identificadas con este mundo social, lo cual suele ser presentado como un momento positivo y de crecimiento personal, asociado a soportes sociales que posibilitaron el estatus de adultez en generaciones anteriores de clases populares: conseguir un “buen” trabajo (estable y con protecciones), acceder a una vivienda (la “*casa propia*”), conformar una familia (tener hijos/pareja/ embarazarse), como condiciones de posibilidad de llevar una vida menos expuesta a riesgos (dejar de drogarse, abandonar las actividades ilegales, adquirir un uso más controlado de la fuerza física).

Sin embargo, las desigualdades que se perpetúan y que dificultan que estos jóvenes accedan a estos soportes institucionales y/o de acceso a la propiedad producen que los recursos con los que cuenten para gestionar su alejamiento de *la calle* y el pasaje a la adultez sean en mayor medida relacionales, afectivos y corporales (como tener un hijo). Pero los pasajes a los que estos recursos dan lugar son alternantes y reversibles, y no alcanzan para garantizar protecciones ni cambios de estatus etarios estables.

La otra forma de egreso refiere a otros desenlaces posibles de los cursos de vida de los partícipes de *la calle*, a través la interrupción forzada relacionada con acontecimientos no deseables e incluso temidos, pero reconocidos a su vez como altamente probables: la “caída” en prisión o la muerte. Ambas aparecen como altamente factibles, no sólo para aquellos implicados en prácticas ilegales (como por ejemplo, el robo) sino por todos los/las jóvenes que se reconocen como partícipes de este mundo social. En este sentido, se mencionan eventos equivalentes, al referirse a otros jóvenes que murieron o están en la cárcel como “*los que ya no están*” (en *la calle*).

La posibilidad de ir a la cárcel se presenta como una modalidad probable del fin de la participación en *la calle* y por ende, del pasaje (violento) a la adultez. Socializados en las características del sistema penal de nuestro país, que estipula los 18 años como umbral para el inicio de la plena vigencia de las penas previstas por la realización de delitos, muchos de los/as adolescentes y jóvenes que entrevisté mencionan que hasta entonces pueden participar en robos con menos riesgo

de ser apresado “*porque sos menor*”²³. Más que referirse a un cálculo instrumental de costos-beneficios, los y las adolescentes y jóvenes utilizaban esta referencia cronológica para delimitar el fin de una experiencia juvenil asociada a una suerte de “moratoria social” en contextos de marginalidad: el fin de un período de la vida donde existe cierto permiso social para realizar acciones no permitidas a los adultos.

La muerte violenta como posibilidad aparece también mencionada como una finalización forzosa, ya no sólo de la condición juvenil asociada a *la calle* sino del propio recorrido vital: como efecto de la participación en un robo que derive en un enfrentamiento con la Policía o con algún “*justiciero*” (civiles que utilizan armas para responder un robo), como producto de peleas con bandas rivales, o simplemente como consecuencia involuntaria de un enfrentamiento protagonizado por otros que lleve a la muerte por sólo estar en ese espacio social (*la calle*). También aparece como efecto posible del consumo de drogas, que lleva a exponerse a situaciones riesgosas (como un accidente de tránsito o caerse de algún lugar alto, como un edificio o puente); o de las malas condiciones de salubridad del ambiente en el que se vive y/o de la carencia de acceso al sistema sanitario (se menciona al temor al SIDA y a enfermedades respiratorias relacionadas con la degradación del hábitat urbano en el que viven, así como un sinnúmero de relatos de discriminación en el acceso al sistema hospitalario).

A estas formas de ingreso y egreso de *la calle* se suma la que mencionamos como tercera novedad de las nuevas generaciones en la relación con *la calle*: las maneras específicas en que se articulan con las edades cronológicas de los participantes. En dos sentidos: por un lado, tanto los chicos y chicas como los adultos entrevistados (en los barrios o en instituciones) hacen referencia permanente a que personas de cada vez menos edad comienzan a hacer uso del repertorio de acciones y lógicas identificadas con el mundo social de *la calle*: “*los pibitos cada vez vienen peor*”, reconoce el propio Kevin. Por otro lado, en sentido inverso, la creciente dificultad para acceder a los soportes institucionales

23. Sin embargo, el sistema penal en la Argentina indica que la punibilidad penal está estipulada desde los 16 años (lo que implica la posibilidad de recibir medidas de privación de la libertad desde entonces) y si bien debería constituir un último recurso, la derivación a centros cerrados sigue constituyendo la respuesta más extendida para los adolescentes que cometen delitos (Guemureman, 2011).

y de propiedad necesarios para lograr el egreso de *la calle* y el pasaje a la adultez. Los entrevistados dicen entonces que las personas que continúan en *la calle* a pesar del paso de los años “*están siempre iguales*”. Aparece aquí lo señalado ya por otros trabajos, en relación a que se ven “condenados a ser socialmente jóvenes”, al no encontrar cabida en ese estatus social de adultez de tradición popular, que se relaciona con las condiciones de existencia de generaciones anteriores.

Así, *la calle* se configura no sólo como un mundo social de la sociabilidad juvenil en los márgenes, sino también como una referencia que organiza esquemas temporales biográficos. Pero tal esquema temporal no reemplaza a aquellos estipulados normativamente por las leyes y las instituciones para organizar los cursos de vida, sino que se articula con ellos de manera desigual, subordinada, lo que se expresa en la vivencia de los y las jóvenes como si se tratara de elecciones morales de seguir “el buen” o el “mal camino”. Por ello estos esquemas temporales no constituyen una “contracultura”, pues no excluyen las organizaciones etarias normativas y hegemónicas, sino que los jóvenes alternan y articulan con ellas de manera subordinada y desigual.

Mostrar las condiciones de posibilidad de la centralidad de *la calle* en las biografías, el despliegue de competencias que supone para los actores y su racionalidad como espacio organizador de los cursos de vida, como realizó este libro, no significa desconocer la exposición a peligros y vulnerabilidades que su ejercicio trae aparejado; tampoco esencializar una diferencia social en términos culturales. Sino que pone en evidencia las desigualdades sociales implícitas en el hecho de que para organizar sus biografías, estos/as niños/as y jóvenes cuentan principalmente con soportes relacionales, afectivos, corporales y materiales que a su vez los exponen a peligros y vulnerabilidades específicas, mientras que los/as de otras clases y territorios sociales pueden realizarlo con soportes institucionales y de propiedad para organizar sus trayectorias sin necesidad de poner en riesgo su integridad física.

El análisis presentado en este libro viene a discutir con los debates y preocupaciones públicas que identifican a los jóvenes como causantes del problema nominado como inseguridad, como portadores privilegiados de conductas interpretadas como peligrosas y disgregadoras, presentadas como atributos personales individuales o como manifestación de su pertenencia a un grupo delimitado (*los jóvenes pobres y*

delincuentes), cuya existencia social y valores morales se presuponen ajenos al resto de la sociedad, incomprensibles y opuestos al punto de constituir una amenaza colectiva. Frente a estas interpretaciones que alimentan respuestas punitivas, este libro deja en evidencia la profunda imbrincación entre prácticas, sentidos subjetivos y condiciones estructurales que tienen lugar alrededor de la participación de adolescentes y jóvenes en *la calle*. Y por ende, la necesidad de realizar un abordaje más global y menos fragmentado, que tenga en cuenta dos dimensiones hasta ahora poco indagadas de las desigualdades sociales: la temporal y la etaria.

Bibliografía

- ALABARCES, P. y GARRIGA ZUCAL, J. (2008). El 'aguante': una identidad corporal y popular, *Intersecciones en Antropología*, 9, 275-289.
- AUYERO, J. (1993). *Otra vez en la vía: notas e interrogantes sobre la juventud de sectores populares*. Buenos Aires: Espacio.
- BAQUERO, R. y NARODOWSKI, M. (1994). ¿Existe la infancia? *Revista del Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación*, Año III, N° 4, Julio 1994. Buenos Aires.
- BESSIN, M. (2002). Les transformations des rites de la jeunesse. *Revista Ágora - Débats/Jeunesses Rites et seuils, passages et continuités*, N°28, septiembre. París.
- BLANCO, M. (2011). "El enfoque del curso de vida: orígenes y desarrollo". En *Revista Latinoamericana de Población*, vol.5, núm.8, enero-junio. Pp.5-31.
- BONALDI, P. (2002). Evolución de las muertes violentas en la Argentina, 1980-1999. En GAYOL, S. y KESSLER, G. *Violencias, delitos y justicias en la Argentina*. Buenos Aires: UNGS-Manantial.
- BOURDIEU, P. (2000). La 'juventud' no es más que una palabra. En BOURDIEU, P. *Cuestiones de sociología*. Madrid: Ediciones Istmo.
- BOURGOIS, P. (2010). *En busca de respeto. Vendiendo crack en Harlem*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- BOZON, M. (2002). Des rites de passage aux 'premières fois'. Une expérimentation sans fins. *Ágora débats/jeunesses*, vol. 28, N°28, París. 22-33.
- CARLI, S. (2002). *Niñez, pedagogía y política. Transformaciones de los discursos acerca de la infancia en la historia de la educación argentina entre 1880 y 1955*. Buenos Aires: Universidad de Buenos Aires - Miño y Dávila.
- (comp.) (2006). *La cuestión de la infancia. Entre la escuela, la calle y el shopping*. Buenos Aires: Paidós.
- CASAL, J. et al (2006) Aportaciones teóricas y metodológicas a la sociología de la juventud desde la perspectiva de la transición. *Revista Papers*, N° 79. Barcelona.
- CASTEL, R. (1995). *Les métamorphoses de la question sociale. Une chronique du salariat*. París, Fayard.
- y HAROCHE, C. (2001). *Propriété privée, propriété sociale, propriété de soi. Entretiens sur la construction de l'individu moderne*. París: Fayard.
- CHAMBOREDON, J. C. (1971). La délinquance juvénile, essai de construction d'objet. *Revue française de sociologie*, vol. 12, 335-377.

- CHAVES, M. (2005). Juventud negada y negativizada. Representaciones y formaciones discursivas vigentes en la Argentina contemporánea. *Revista Última Década*, vol. 13, n°23, Santiago, diciembre.
- (2006). *Investigaciones sobre juventudes en Argentina: estado del arte en ciencias sociales*. Buenos Aires: UNSAM-IDAES.
- (2010). *Jóvenes, territorios y complicidades. Una antropología de la juventud urbana*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- HERNANDEZ, C. y CINGOLANI, J. (2012) “*Estar en el barrio*: etnografía con niños, adolescentes y jóvenes en contexto sociourbano de pobreza en La Plata (Argentina)”, trabajo presentado en la 28ª. *Reunião Brasileira de Antropologia*, Julio, São Paulo, SP, Brasil.
- COREA, C. y LEWKOWICZ, I. (1999). *¿Se acabó la infancia? Ensayo sobre la destitución de la niñez*. Buenos Aires: Lumen-Humanitas.
- COUTANT, I. (2005). *Délit de jeunesse. La justice face aux quartiers*. París: La Découverte.
- DA MATTA, R. (1987). *A Casa e a Rua*. Río de Janeiro: Editora Guanabara.
- DA SILVA MELLO, M.A. y VOGEL, A. (2007). Cuando la calle se transforma en casa: algunas consideraciones sobre habito et diligo en el medio urbano. En: *Cuadernos de Antropología Social* N° 25, pp29-49. FFyL-UBA
- DAROQUI, A.y GUEMUREMAN, S. (2007). Ni tan ‘grande’ ni tan ‘chico’: realidades y ficciones de los vínculos familiares en los sectores urbanos pauperizados. *Revista Desafío (s)*, N°5, junio, Universidad de Barcelona.
- DIKER, G. (2009). ¿Qué hay de nuevo en las nuevas infancias? Los Polvorines: UNGS-Biblioteca Nacional.
- DUSCHATZKY, S. y COREA, C. (2004). *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*. Buenos Aires: Paidós.
- ELDER, G., SHANAHAN, M. (2006). “The Life Course and Human Development”. en LERNER, R. (ed.), *Handbook of Child Psychology*, vol.1, Nueva Jersey: Wiley.
- ERIKSON (1971). *Identidad, juventud y crisis*. Buenos Aires: Paidós.
- ESQUIVEL, V.; FAUR, E. y JELIN, E. (2009). *Hacia la conceptualización de la ‘organización social del cuidado’*. Buenos Aires: UNICEF-UNFPA-IDES.
- FASSIN, D. (1996). Exclusion, underclass, marginalidad: Figures contemporaines de la pauvreté urbaine en France, aux Etats-Unis et en Amérique latine. *Revue Française de Sociologie*, Vol. 37, No. 1. (Jan. - Mar.), 37-75.
- FEIXA, C. (2003). Del reloj de arena al reloj digital. En *Jóvenes. Revista de Estudios sobre Juventud*, año 7, N° 19, México DF, julio-diciembre. 6-23.
- FELDMAN, S. (1995). El trabajo de los adolescentes. Construyendo futuro o consolidando la postergación social. Ponencia UNICEF - CIID – CENEP, Buenos Aires.
- FONSECA, C. (1994). Preparando-se para a vida: reflexões sobre escola e adolescência em grupos populares. *Revista em Aberto*, INEP, N°61 (Educação e imaginário social: Revendo a escola); 144- 155.
- y CARDARELLO, A. (2005). “Derechos de los más y menos humanos”, en Sofía Tiscornia y María Victoria Pita, editores, *Derechos humanos, policías y tribunales en Argentina y Brasil*, Buenos Aires, Antropofagia, pp. 9-41.
- GARCIA SILVA, R. (2014). *Los chicos en la calle. Llegar, vivir y salir de la calle*. Buenos Aires: Espacio.

- GCABA (2007). Censo niños, niñas y adolescentes en la calles de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires: Dirección General de Gestión de Políticas e Investigación – Dirección General de Gestión de Políticas y Programas – Consejo de derechos de Niños, Niñas y Adolescente – Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
- GCABA (2008). Censo niños, niñas y adolescentes en la calles de la Ciudad de Buenos Aires. Buenos Aires: Dirección General de Gestión de Políticas e Investigación – Dirección General de Gestión de Políticas y Programas – Consejo de derechos de Niños, Niñas y Adolescente – Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires
- GCBA DGEyC (2013). “La atención a niñas/os y adolescentes en situación de calle de la Ciudad de Buenos Aires”. Informe de resultado N° 561. Dirección General de Estadísticas y Censos. GCBA Julio de 2013
- GENTILE, M.F. (2006). L'enfance à la rue. L'expérience de la vie dans les rues chez les enfants d'une institution d'assistance à Buenos Aires. Tesis de Máster en Sociología. Centre d'études des mouvements sociaux (CEMS), Paris, EHESS. Inédito.
- (2008). Ser niña o niño y 'estar' en la calle. Género y sociabilidad. En Pojomovsky, J. (dir.) *Cruzar la calle*. Tomo 2: *Vínculo con las instituciones y relaciones de género en niños, niñas y adolescentes en situación de calle*. Buenos Aires: Espacio. 153-174.
- (2011). Los procedimientos discursivos para la construcción mediática de la figura del joven pobre y delincuente. El 'caso Kevin'. *Revista Última Década*, Vol. 34, junio. Centro de Estudios Sociales CIDPA. Valparaíso. ISSN 0718-2236. 93-119.
- (2015). *La niñez en los márgenes, los márgenes de la niñez. Experiencias callejeras, clasificaciones etarias e instituciones de inclusión de niños/as y jóvenes en los márgenes del AMBA*. TESIS de Doctora en Ciencias Sociales, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires. Inédita.
- GENTILE, M.F., GARCIA SILVA (2015), *Programas de abordaje institucional de niños, niñas y adolescentes en situación de calle en Argentina*, UNGS-SENAF. Buenos Aires.
- GOMES DA COSTA (1998), *Niños y niñas de la calle: vida, pasión y muerte*, Buenos Aires, UNICEF.
- GORBAN, D. (2012), “‘Salir por ellos’: familia y trabajo de un grupo de chicos y jóvenes pobres del Gran Buenos Aires”, en Battistini, Osvaldo, Mauger, Gérard (comp.), *La difícil inserción de los jóvenes de clases populares en Argentina y Francia*, Buenos Aires, Prometeo.
- GUEMUREMAN, S. (2011). La institución total nunca es cosa buena: aproximaciones a la realidad del encierro de los adolescentes infractores en la provincia de Buenos Aires. En COSSE, I. et al. (ed.) *Infancias: políticas y saberes en Argentina y Brasil. Siglos XIX y XX*. Buenos Aires: Teseo.
- y DAROQUI, A. (2001). *La niñez ajusticiada*. Buenos Aires: Editores Del Puerto.
- HANCOCK, A. (2007). When multiplication doesn't equal quick addition: Examining intersectionality as a research paradigm. *Perspectives on Politics* 5: 63-79.
- KESSLER, G. (2004). *Sociología del delito amateur*. Buenos Aires: Paidós.
- (2009). *El sentimiento de inseguridad. Sociología del temor al delito*. Buenos Aires: Siglo veintiuno editores.
- (2012). Las consecuencias de la estigmatización territorial. Reflexiones a partir de un caso particular. *Espacios en Blanco*, n°22, junio, 165-197.
- LECLERC-OLIVE, M. (1998). Les figures du temps biographique. *Les cahiers internationaux de sociologie*, n°104.

- (2009). Temporalidades de la experiencia: Las biografías y sus acontecimientos. *Iberóforum. Revista de Ciencias Sociales de la Universidad Iberoamericana*. Año IV, N°8. Julio-Diciembre de 2009.
- ; ENGRAND, S. y SALL, M. (1998). Aux marges du travail salarié : Expériences de l'incertitude, diversités culturelles et visions d'avenir . Informe de investigación, Ministère du Travail et des Affaires Sociales – Caisse Nationale des Allocations familiales, Lille.
- LEZCANO, A. (2002). “Condiciones de vida y laborales de los niños y adolescentes que transitan la Ciudad Autónoma de Buenos Aires”. Ciudad de Buenos Aires. GCBA.
- LITICHEVER, C. (2009). Trayectoria Institucional y Ciudadanía de Chicos y Chicas en Situación de Calle. Tesis para la obtención del título de Magister en Diseño y Gestión de Programas y Políticas Sociales, Buenos Aires, Flacso.
- LITICHEVER, C., MAGISTRIS, G., GENTILE, M.F. (2013). “Hacia un mapeo de necesidades y beneficiarios en los programas de inclusión social para niños, niñas y adolescentes”. En LLOBET, V. (coord.) *Sentidos de la exclusión social*. Buenos Aires: Biblos.73-92.
- LUCCHINI, R. (1993). *Enfant de la rue. Identité, sociabilité, drogue*. Genève-Paris: Librairie Droz.
- (1996). *Sociologie de la survie. L'enfant dans la rue*. París: PUF.
- MACRI, M. (dir.) (2005). *El trabajo infantil no es juego. Estudios e investigaciones sobre trabajo infanto-adolescente en Argentina (1900-2003)*. Buenos Aires: Editorial Stella-La Crujía.
- MAGNANI, J. (1998). *Festa no pedaço: cultura popular e lazer na cidade*. 2. ed., São Paulo, Hucitec.
- y URRESTI, M. (1996). La juventud es más que una palabra. En MARGULIS, M. (ed.) *La juventud es más que una palabra*. Buenos Aires: Biblos.
- MARTIN-CRIADO, E. (1997). *Producir la juventud*. Madrid: Istmo.
- MAUGER, G. (1995). Jeunesse: l'age des classements. Essai de définition sociologique d'un âge de la vie. *Recherches et Prévisions*, n°40, junio, 19-36.
- (2006). *Les bandes, le milieu et la bohème populaire. Études de sociologie de la déviance des jeunes des classes populaires (1975-2005)*. París: Belin.
- MEDAN, M. (2013). El gobierno de la “juventud en riesgo” y los programas de prevención social del delito en el AMBA: entre la seguridad y la inclusión. Tesis de Doctorado, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.
- MERKLEN, D. (2005). *Pobres ciudadanos: las clases populares en la era democrática 1983-2003*. Buenos Aires: Gorla.
- MIGUEZ, D. (2002). Inscripta en la Piel y en el Alma: Cuerpo e Identidad en Profesionales, Pentecostales y Jóvenes delincuentes. *Religiao e Sociedade* 22 (1): 21-57.
- (2010). *Los pibes chorros. Estigma y marginación*. Buenos Aires: Capital Intelectual. p.71.
- y SEMÁN, P. (ed.) (2006). *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*. Buenos Aires: Biblos.
- PADAWER, A. (2010). Tiempo de estudiar, tiempo de trabajar: la conceptualización de la infancia y la participación de los niños en la vida productiva como experiencia formativa. *Horizontes Antropológicos*, Porto Alegre, año 16, n°34, julio/dic., 345-375.

- PAUTASSI, L. y ZIBECCHI, C. (2010). La provisión de cuidado y la superación de la pobreza infantil. Programas de transferencias condicionadas en Argentina y el papel de las organizaciones sociales y comunitarias. Santiago: CEPAL-Naciones Unidas.
- PERCHERON, A. (1991). Police et gestion des âges. En PERCHERON, A. y REMOND, R. (1991) *Âge et politique*. París: Economica. 111-139.
- PEREYRA, A. (2005). La transmisión intergeneracional de las desigualdades educativas. *Boletín de SITEAL*, vol. 3.
- POJOMOVSKY, J. (dir.) en colab. con CILLIS, N. y GENTILE, M.F. (2008a). *Cruzar la calle*. Tomo 1. Buenos Aires: Espacio.
- en colab. con CILLIS, N. y GENTILE, M.F. (2008b). *Cruzar la calle*. Tomo 2. Buenos Aires: Espacio.
- y GENTILE, F. (2008). Es estigma de vivir en la calle. En POJOMOVSKY, J., colab. CILLIS, N., GENTILE, M. F. *Cruzar la calle*. Tomo I. Buenos Aires: Espacio.
- RAUSKY, M.E. (2014). ¿Jóvenes o adultos?: Un estudio de las transiciones desde la niñez en sectores pobres urbanos. Última décad. [online]. 2014, vol.22, n.41, pp.11-40.
- SARAVÍ, G. (2009). Transiciones Vulnerables. Juventud, Desigualdad y Exclusión en México. México: CIESAS.
- STRAUSS, A. (1992b). *Miroirs et masques. Une introduction à l'interactionnisme*. París: Éditions Métailié. (Ed. original en inglés: 1959).
- TAVOILLOT, P. H. (2011). Chapitre 1 / Pour une philosophie politique des âges de la vie. En MUXEL, A. *La politique au fil de l'âge*. París: Presses de Sciences Po « Académique » 32-45.
- TONKONOFF, S. (2007). Tres movimientos para explicar por qué los Pibes Chorros visten ropas deportivas. En AA. VV. (2007) *Sociología ahora*. Buenos Aires: Siglo XXI Editores.
- TORRADO, S. (1996). Vivir apurado para morirse joven (reflexiones sobre la transferencia intergeneracional de la pobreza). *Serie Informe de coyuntura del Centro de Estudios Bonaerenses*, n° 57/58, julio-agosto, 91-113.
- URRESTI, M. (2002). Adolescentes, consumos culturales y usos de la ciudad. *Revista Encrucijadas UBA 2000. Revista de la Universidad de Buenos Aires, Nueva Época*, Año II, N° 6, febrero de 2002. 36-43.
- VAN DE VELDE, C. (2008). *Devenir adulte. Sociologie comparée de la jeunesse en Europe*. París: Presses Universitaires de France, colección Le Lien Social.
- WACQUANT, L. (2002). Scrutinizing the Street: Poverty, Morality, and the Pitfalls of Urban Ethnography. *AJS* Volume 107 Number 6 (May 2002): 1468-1532. Disponible en <http://loicwacquant.net/assets/Papers/SCRUTINIZINGTHESTREET.pdf>
- (1988). Aprender a trabajar. Cómo los chicos de la clase obrera consiguen trabajos de clase obrera. Madrid: Akal. (Primera ed.: 1978).
- ZAPIOLA, M. C. (2010). La Ley de patronato de menores de 1919 ¿una bisagra histórica? En LIONETTI, L. y MÍGUEZ, D. *Las infancias en la historia argentina. Intersecciones entre prácticas, discursos e instituciones (1890-1960)*. Rosario: Prohistoria Ediciones.

La relación de los y las jóvenes con "la calle" suele condensar, tanto en los debates públicos como en los trabajos académicos, las preocupaciones sobre los problemas más acuciantes de la infancia y juventud: en la figura del "chico de la calle" se expresan los altos niveles de pobreza, exclusión urbana, violencia, consumos y desigualdades que experimentan los más jóvenes en nuestra región. Entre estas preocupaciones se encuentra el temor a que la participación en este espacio "desvíe" o "arruine" los cursos de vida y por ello tanto las familias como las instituciones velan para evitar los efectos nocivos de "agarrar la calle".

Sin desconocer las problemáticas y riesgos asociados a este espacio social, este libro propone ir más allá de la idea de desvío para buscar comprender, a través de una perspectiva sociocultural, la multiplicidad de dimensiones y sentidos, condiciones, moralidades y prácticas que implica la relación entre los adolescentes y jóvenes de los márgenes sociourbanos del Área Metropolitana de Buenos Aires y la calle. ¿Qué diversidad de relaciones y sentidos establecen con este espacio social?, ¿qué diferencias y conflictos existen con las experiencias de otras generaciones de clases populares? y en particular ¿cómo ordenan sus biografías alrededor de este espacio social?

El trabajo acompaña los recorridos biográficos de dos grupos de adolescentes y jóvenes: un grupo que vive en las calles de la Ciudad de Buenos Aires y otro que habita la calle desde un barrio segregado de la periferia bonaerense. En ambos, la calle aparece como un espacio central de su sociabilidad cotidiana y el análisis mostrará cómo sus experiencias callejeras develan un sentido etario que la define como una "etapa" de sus ciclos de vida: una condición juvenil específica. Así, el estudio muestra cómo este espacio social al que se le adjudica un efecto de desvío se convierte, en determinadas condiciones desiguales de existencia, en un recurso para organizar las biografías signadas por la precariedad e inestabilidad. En definitiva, el libro constituye un aporte tanto a las discusiones académicas como a los abordajes institucionales del vínculo entre condiciones de existencia de los y las jóvenes, la calle y las experiencias temporales, una de las dimensiones menos exploradas de las formas persistentes de desigualdad.

ISBN 978-987-1309-46-7



9 789871 309467